

D[†]S

ACOGER
a
MARÍA

CIRCULAR
del
H. BERNARD GAUDEUL
Superior General

N.º 282

HH. MENESIANOS

1991

H. Bernard Gaudeul
Sup. Gen.

D[†]S

ACOGER
a
MARÍA

CIRCULAR 282

- 1991 -

EDICIONES MENESIANAS
Nanclares de la Oca
(Alava)

INDICE

ACOGER A MARÍA

Introducción	5
--------------------	---

PRIMERA PARTE:

POR QUÉ ACOGER A MARÍA.	10
--------------------------------------	----

- María, alegría y esperanza de la vida religiosa	13
---	----

I. MARÍA MODELO DE LOS CONSAGRADOS:

- María, consagrada por la sombra del Espíritu	15
--	----

1) Una iniciativa de Dios	17
---------------------------------	----

2) Una respuesta del llamado	22
------------------------------------	----

- María, arca de la nueva alianza	24
---	----

II. MARÍA Y LOS VALORES DE LA CONSAGRACIÓN:

El Fiat cotidiano.	27
---------------------------------	----

1. María y los votos

- La sierva del Señor en la pobreza de los anawim	27
---	----

- María, madre del amor hermoso	30
---------------------------------------	----

- Virgen obediente, cuyo sí cambió nuestra historia	33
---	----

2. María y la oración

- La mujer contemplativa, que guarda todas las cosas en su corazón	37
---	----

1) La actitud interior de María	37
---------------------------------------	----

2) La oración de María: el Magnificat y Caná	44
--	----

3. María y la Misión

- Misionera que se apresura a ir a Ain Karim	47
--	----

- Se da cuenta del apuro de los esposos de Caná	50
---	----

- María, testigo fiel al pie de la cruz	53
---	----

- Es centro de unidad, en torno al cual se reúne la Iglesia	61
--	----

4. María, modelo de educadores

- María, educadora de Jesús	63
-----------------------------------	----

- María, educadora de la Iglesia	66
--	----

III.- MARÍA MADRE DE LOS RELIGIOSOS:	70
--	----

SEGUNDA PARTE:

CÓMO ACOGER A MARÍA.	75
1. Rezar a María	
- Rezar y celebrar a María	76
- El Rosario	79
2. Imitar a María.	91
3. Vivir en la intimidad de María.	93
- Consagrarse a María	94
- Vivir su consagración	97
4. Hablar de María.....	100
- La devoción mariana comunitaria	104
CONCLUSIÓN:	106
APÉNDICE:	
Como ayuda para los diálogos comunitarios.	111

"ACOGER A MARÍA"

(Mat. 1, 20; cf. Jn. 19, 27)

El Hermano venera a María en el Misterio de Cristo y de la Iglesia. Ve en la sierva del Señor, totalmente dócil al Espíritu Santo e íntegramente dedicada a la Persona y a la obra de su Hijo, el modelo eminente de su propia vida consagrada, casta, obediente y pobre. (Directorio, 12, párr. 1).

Hermanos,

Hace mucho tiempo que deseaba hablar de la Virgen María. No creo, en efecto, que sea posible llevar una vida religiosa de calidad sin devoción a la Madre de Dios. El año mariano 1987-1988 pudo ser una ocasión favorable, pero la Encíclica **Redemptoris Mater**, era de tal riqueza que me pareció mejor dejar que los Hermanos la meditaran a gusto, sin interferir con otro texto.

Hacerlo hoy nos permitirá, si fuera necesario, relanzar nuestro fervor mariano, a lo largo de este gran Adviento que prepara la Iglesia para el tercer milenario del Cristianismo. Acabamos de entrar en el último decenio del siglo veinte, que se va a hacer notar por un esfuerzo sin precedentes en una "nueva evangelización". ¿Cómo no iba a estar presente en ella la Virgen María, como lo estuvo en la primera, desde Pentecostés hasta su gloriosa Asunción?

Hablar de María es un placer y lo pide el corazón. ¿Qué Hermano no la ama? Por lejos que retrocedamos hacia nuestra infancia nos la encontramos. Su recuerdo es sinónimo de alegría, de paz y de ternura. Va unido a una estatua colocada en un lugar de honor en el centro de la casa, a un pequeño florero con el que gustábamos adornar sus imágenes o sus hornacinas, a la oración en familia en la que ella nunca era olvidada, al altar de la iglesia parroquial que le estaba dedicado y en donde fuimos consagrados a ella después de nuestro bautismo, a la peregrinación tradicional a su ermita local. Acaso también al rosario rezado en familia, a la recitación de las tres Ave Marías por la noche al pie de la cama, a la celebración del mes de María, en la iglesia o en la escuela, asociada a un bosquecillo de velas y rodeada de cánticos, que proclamaban al mismo tiempo alabanza, confianza y penas.

María es la joven cuya belleza fascina y apacigua, la madre cuya sonrisa atrae y consuela, la Inmaculada a quien todo pecador puede recurrir sin temer nunca ser rechazado, es la madre de misericordia a quien se puede recurrir en las penas, es el amparo en las desdichas. María es amada en todas las edades: por los jóvenes, quienes la confían su pureza y su porvenir, por los adultos en vísperas de serias responsabilidades para pedirla que les ayude, por los ancianos de quien es consuelo y esperanza: "*María, "socio senis": María, compañera del anciano*". (Paul Claudel, *Journal*, Tomo 2, p. 761).

Juan María de la Mennais aprendió de su madre el amor a María. Ayunaba las vísperas de sus fiestas, las celebraba con alegría sin omitirlas nunca, rezaba todos los días el rosario, difundía su devoción en los sermones de misión, que gracias a las congregaciones marianas prolongaban su eficacia. Totalmente de acuerdo con el pensamiento y el corazón de su socio y "santo amigo" Gabriel

Deshayes, no cesaba de recordar a los Hermanos el amor que la debían profesar. Ya en la primera edición de la Regla, en 1823, ambos les invitaban al rezo diario del rosario. Por eso, todo Hermano devoto de María se halla a gusto en la Congregación. La espiritualidad de los Fundadores incluye la devoción a la Madre de Dios; también la de sus hijos.

Los sucesivos Superiores Generales han seguido sus huellas. Nos han dejado tres Circulares enteramente consagradas a María desde aspectos diferentes: Del Hermano ABEL, **La devoción a María** (n.º 120); del Hermano ESTEBAN, **Nuestros días con María** (n.º 196); y del Hermano ELISEO, **Nuestra búsqueda de Dios y de María** (n.º 225).

También hoy se ora y se ama a María en el mundo entero. El Concilio Vaticano II ha hablado de ella más que todos los demás Concilios juntos. Era *"la primera vez que un Concilio ecuménico presentaba una síntesis tan amplia de la doctrina católica sobre el lugar que María ocupa en el Misterio de Cristo y de la Iglesia"*. (Pablo VI, Discurso de clausura de la 3.ª Sesión del Concilio, el 21 de noviembre de 1964).

Pablo VI nos ha dejado una Encíclica luminosa sobre el culto que le es debido: **Marialis cultus**, del 2 de febrero de 1974; y Juan Pablo II le ha consagrado otra, subrayando su papel en la obra redentora de su Hijo: **Redemptoris Mater**, del 25 de marzo de 1987.

La Iglesia ve en María su "figura" perfecta y la presenta a todos los cristianos como un modelo, *"porque en las condiciones concretas de su vida (...) ella fue la primera y la más perfecta discípula de Cristo"* (**Marialis Cultus**, n.º 35).

Juan Pablo II, en su carta a los religiosos con ocasión

del Año de la Redención, añade que *"si María es el primer modelo para la Iglesia entera, con mayor motivo lo es para las personas y las comunidades consagradas dentro de la Iglesia"*, y les exhorta a reavivar la gracia de su *"consagración religiosa según el modelo de la consagración de la Madre de Dios"* (**Redemptoris Donum**, n.º 17). Y el **Código de Derecho Canónico**, pide a los religiosos que *"honren con un culto especial a la Virgen Madre de Dios, modelo y protectora de toda vida consagrada"* (**Canon 663, 4**).

La Congregación para los Institutos de Vida consagrada y Sociedades de Vida apostólica, en el documento del 31 de mayo de 1983, **Elementos esenciales de la Doctrina de la Iglesia sobre la Vida consagrada**, llama a María *"modelo y sostén de la vida religiosa"* y desarrolla, en el n.º 53 la manera cómo hay que entenderlo, llegando a decir que *"es especialmente en María, Madre de Dios y Madre de la Iglesia, en donde la misma vida religiosa se comprende más profundamente y halla su signo de esperanza"*.

Así pues, por sus voces más autorizadas la Iglesia nos invita a no dejar a María fuera de nuestra vida. Ya José fue invitado por el Ángel a *"recibir a María en su casa"* (Mt. 1, 20) y Juan, fiel al último deseo de Jesús, *"la recibió consigo"* (Jn. 19, 27). En esta Circular, yo quisiera a mi vez invitar a todos los Hermanos de manera insistente a que *"acojan a María en su intimidad"*. La primera parte les dirá el por qué, la segunda cómo.

A la primera cuestión se responderá: porque Jesús la dió como madre y como modelo a la Iglesia y a todos los cristianos, en especial a todos los religiosos.

A la segunda: que hay que orar, imitarla y acogerla en nuestra vida y promover su culto.

Habría que ser santo y poeta para poder hablar bien de

la Virgen María. Santo, para poder penetrar un poco en su corazón, comprenderlo desde su interior, ponerse al unísono con sus pensamientos, sus sentimientos, sus alegrías y sus penas. Y poeta, para poder dar a las palabras una frescura que evoque su pureza intacta, una juventud que proclame su misterio de manera única y sin embargo universal, una ligereza que sea al propio tiempo densidad, nacimiento de fuente que cante siempre y nunca se agote, siempre nueva, siempre alegre y siempre graciosa.

¿Habría que callarse, entonces? ¿Y cómo se habría uno de resignar? Por lo tanto, habrá que hablar de la abundancia del corazón, dejar que corra la pluma movida por el Espíritu. María y el Espíritu forman buena pareja, y también María y Jesús. Que sean ellos quienes nos acompañen a lo largo de estas páginas. Hago mía la maravillosa oración de Petrarca:

*"Virgen bella, del sol vestida y de estrellas coronada,
de tal manera agradaste al Soberano Sol,
que en ti ocultó su luz.
Intenso amor me impulsa a hablar de ti;
mas, ¿cómo comenzar sin tu ayuda
y sin la de aquél que en su amor
en ti descansó?"*

Petrarca
Canzone VIII.

PRIMERA PARTE

POR QUÉ "ACOGER A MARÍA"

Es difícil juzgar la devoción a María de una Congregación. ¿Está en alza, o en baja en la nuestra después de la entrada en vigor de la nueva **Regla de Vida**? Hablan de María una decena de números y de ellos la mitad le están consagrados en su totalidad: (C. 5, 44; D. 12, 93, 118). Esto ya es un progreso con relación a la Regla precedente. ¿Pero, qué sucede en la práctica? ¿Pasa la Regla a la vida? ¿Corresponden los hechos a los textos?

En la Iglesia, en general, la devoción a María ha conocido altos y bajos a lo largo de la historia. Solamente en el siglo XX ha atravesado varias crisis. Habría sido extraño que no hubieran repercutido en la Congregación. ¿Las ha resuelto el Concilio Vaticano II? En teoría, sí; en la práctica, ya no es tan seguro.

La devoción a María, y más aún las devociones o formas que presenta están en consonancia más con unas sensibilidades espirituales que con otras. Las hay que temen tanto dejar en la sombra a Cristo, que prefieren dejar en ella a María. Ocurre lo mismo cuando se la llama **medianera**, a pesar del discreto uso del término por el Concilio Vaticano II (LG. n.º 62) o la reciente y larga meditación de Juan Pablo II sobre la "*mediación maternal de María*" (*Redemptoris Mater*, n.º 38-50). No existe más

que un solo Mediador, dicen, que es Cristo (Cf. 1 Tm. 2, 5). Por El sólo y sin otro intermediario es por quien tenemos acceso al Padre. Tampoco hay que conceder privilegios a María. Es una mujer como las demás, como uno de nosotros, del todo ordinaria y por lo tanto más imitable y a nuestro alcance. ¿Por qué convertirla en una especie de diosa o de mujer excepcional, más propia para alejarnos de ella que para hacérsela amar?

El diálogo ecuménico, en especial con los Protestantes, conoce todos estos interrogantes, todas estas reacciones a veces legítimas en principio, ante excesos y torpezas. Sin embargo, sabemos que todos no son ajenos a la verdadera fe.

Habría que añadir que la devoción demasiado sentimental de algunos Hermanos exaspera a otros y ciega en su origen una devoción que ya había costado abrirse camino. Se alimenta con los escritos de "almas santas" de los que devoran libros enteros con más facilidad con que meditan en el Evangelio. O bien se apoya en revelaciones privadas que anuncian desgracias apocalípticas si el mundo no se convierte. Incluso, se aceptan como evidentes apariciones no reconocidas aún por la Iglesia y que alimentan una especie de excitación mística y un pietismo alejado de las realidades humanas, que indispone o inquieta.

¿Por qué no hemos de señalar también que ciertas expresiones de devoción comunitaria molestan a algunos cohermanos y les apartan de María? En algunas comunidades, por ejemplo, la recitación ultrarrápida del rosario, no hace sino engendrar una reacción negativa, incluso una repulsa entre los Hermanos jóvenes, entre otros. *"De acuerdo con rezar el rosario, pero no para recitarlo a cien por hora para terminarlo más rápido. No somos máqui-*

nas de contar oraciones, como algunas cuentan monedas o cápsulas de botella".

¿Habría que decir también que hay Hermanos que no tienen devoción de ninguna clase a María, que no le rezan nunca o muy poco, que pensar en ella les es ajeno, que ni siquiera se percatan de la importancia que le da la Sagrada Escritura? Esperemos que no.

Porque, no debemos preguntarnos si debemos hacer a María un sitio en nuestra vida. No somos nosotros quienes le concedemos un sitio: es el mismo Padre. El la eligió como madre de su Hijo y por lo tanto es ya nuestra con título particular puesto que somos hermanos de Jesús. Y el mismo Jesús nos la ha dado como madre antes de dejarnos, en una escena trágica que se trata de comprender en toda su profundidad, con la Tradición.

De hecho, son muy numerosos los Hermanos que alimentan una piedad sólida y bien fundada a la Virgen María. Hay que alegrarse de ello, tanto más cuanto que *"la devoción mariana es un precioso índice de disposición a la dulzura, a la humildad, al mismo tiempo que una señal indudable de la benevolencia divina que se extiende, ciertamente, a todos los humanos pero que aquí es particularmente visible. A la inversa, la animosidad contra la piedad mariana es una señal decisiva de ininteligencia espiritual"* (André Frossard, *Dieu en questions*, p. 120).

En esta primera parte me inspiraré en el n.º 53 del documento publicado por la Congregación para los Institutos de Vida consagrada y las Sociedades de Vida apostólica, ya citado. Esencialmente se apoya en la Escritura. Tengámosla pues, al alcance de la mano para recurrir a ella en cualquier momento. Yo seguiré su desarrollo, respondiendo al deseo de la Iglesia de vernos penetrar el misterio de María para mejor comprender la vida religio-

sa. Esta parte, por lo tanto, llevará un ritmo de explicación de texto. Y no debería desagradar, puesto que es un sistema empleado a menudo con nuestros alumnos. Al final, cada uno podrá poner su nota al redactor. El párrafo en cuestión es el siguiente:

'María, alegría y esperanza de la vida religiosa'

*En María sobre todo, Madre de Dios y Madre de la Iglesia, es en quien la vida religiosa adquiere una profunda conciencia de sí misma y halla su signo de esperanza (Cf. LG. 68). Ha sido consagrada totalmente por la sombra del Espíritu Santo, la que concibió permaneciendo inmaculada, porque ha sido llamada desde el seno del pueblo de Dios, a llevar a Dios mismo de la manera más íntima que existe, y a darle al mundo. Ella es el arca de la nueva alianza. Es la sierva del Señor en la pobreza de los **anawim**, la Madre del amor hermoso, desde Belén hasta el Calvario y más allá, la Virgen obediente cuyo "sí" a Dios cambió el curso de nuestra historia, la mujer contemplativa que guarda todas las cosas en su corazón, la misionera que se apresura a ir a Ain Karim, la que intuye los apuros de los esposos de Caná, la testigo fiel al pie de la Cruz, el centro de unidad en torno al que se reunía la joven Iglesia en la espera del Espíritu Santo. María dió prueba a lo largo de su vida de los valores que son los de la consagración religiosa. Ella es la Madre de los religiosos porque es la Madre de quien ha sido consagrado y enviado; en su *Fiat* y en su *Magnificat* se hallan en toda su perfección el don total de la vida*

religiosa y su alegría por la consagración operada por Dios.

(Elementos esenciales de la enseñanza de la Iglesia sobre la vida religiosa, aplicados a los Institutos consagrados al apostolado, 31 de mayo de 1983, n.º 53).

Sobre este texto, creo que se puede proponer el plan siguiente:

- I.- María, consagrada a Dios a la sombra del Espíritu Santo, **modelo** de los consagrados.
- II.- María y los **valores** de la consagración religiosa:
 - 1) María y los tres votos.
 - 2) María y la oración.
 - 3) María y la misión.

Y añadiría:

- 4) María, educadora de Cristo y de la Iglesia, de lo que no habla explícitamente el documento, pues se dirige a todos los religiosos y religiosas, y no solamente a quienes tienen cargo de jóvenes en obras de educación. Pero este punto reviste importancia para nosotros.
- III.- María, **madre** de los religiosos, porque es Madre de Jesús, el Consagrado y el Enviado.

Terminaré la primera parte recordando el FIAT y el MAGNIFICAT de María en la vida religiosa del Hermano.

I

MARÍA, MODELO DE LOS CONSAGRADOS:

el Fiat inicial

"María, consagrada totalmente por la sombra del Espíritu Santo".

María entra en la historia el día de la Anunciación. Sin la visita del ángel Gabriel, habría permanecido sin duda desconocida. No hubiera quedado huella de aquella joven judía, de vida idéntica a la de millones de otras, de una aldea totalmente ignorada. Pero la elección de Dios lo cambió todo: la desconocida se hace la mujer a la que *"todas las naciones llamarán bienaventurada"* (Lc. 1, 48). Reconozcamos, no obstante, que aquel primer contacto con ella fue sorprendente. Lucas apenas si la presenta a sus lectores. Nada dice de sus rasgos, de su familia, de su educación, de sus costumbres. No pretende más que presentar lo esencial: *"...Nazaret, una muchacha, una virgen, prometida a un hombre de la casa de David..., y el nombre de la virgen era María"* (Lc. 1, 27). La hallamos escuchando, tensa, hacia alguien que la habla.

Seamos nosotros también todo oídos, a aquellas palabras que la "turbaban" (Lc. 1, 29): *"Salve, llena de gracia, el Señor está contigo"* (Lc. 1, 28).

- *"Salve, alégrate:* Saludo dirigido en el Antiguo Testamento a la hija de Sión, es decir a Sión misma, a Jerusalén, en donde Dios establece o restablece su morada sobre la colina en la que está construído el templo de Dios" (Cf. So. 3, 14; Is. 66, 10; Za. 9, 9).

Este saludo mesiánico que no había resonado en Israel desde hacía siglos –porque Dios ya no habla y los profetas han enmudecido– se hace oír hoy dirigido a esta joven. Es *"la primera palabra de la nueva alianza, la primera palabra del día primero del mundo nuevo"* (Georgette Blaquièrre, *El Evangelio de María*, p. 20).

- *"Llena de gracia": "Kejaritomene"*; es una de esas voces griegas sin traducción, que no se encuentra en la Escritura más que aquí, y de la que sólo se puede dar una idea aproximada y que se podría traducir más o menos como *"favorecida de Dios"*, *"mi favorita"*, *"mi bien amada"*, *"mi preferida"*. Está emparentada con la palabra **gracia**, que en el Antiguo Testamento griego es en primer lugar el favor del rey (1 S. 16, 22; 2 S. 14, 32; 16, 4; 1 R. 11, 19; Est. 2, 17;...), y luego el amor del bien amado (Ct. 8, 10; Est. 2, 17; 5, 8; 7, 3; 8, 5). La expresión denota una inmensa ternura de Dios para con María y la plenitud de gracia de que está invadida. *"María, totalmente llena de una inefable nominación"* (Clau-del, *Journal*, nov.-dic. 1926, p. 628).
- *"El Señor está contigo"*: tradicional seguridad, dada a la elegida de Dios, a la que no abandonará, pues camina segura, bajo su protección.

¿Por qué queda María "turbada" por este saludo, que al repetirlo miles de veces, tan fácilmente llegamos a trivializar, hasta el punto de que no llegamos ya a captar lo extraordinario que encierra? Porque ella percibe a la vez sus resonancias mesiánicas y la interpelación personal que se le hace. Lo extraño de la expresión utilizada la revela de qué amor es *"distinguida"*, hasta el punto de que le es dado un nombre nuevo. *"Su extrañeza procede de*

la cualidad de este saludo. Se extraña ante su majestad, grandiosa por su origen y por su contenido. No puede ser destinado más que a una persona de dignidad eminente a los ojos de Dios" (Angel Pardilla, *La nueva mariología y su impacto en los Religiosos*, hoy, mayo 1988, p. 56).

Este es el misterio clave de María, el misterio de su vocación, del cual procede el misterio de su vida. Nunca nos detendremos bastante en él. Y entonces comprendemos mejor el misterio de nuestra propia vocación. La suya ilumina la nuestra. También para nosotros, la llamada del Señor ha señalado "como un recodo en el camino de nuestras relaciones con el Dios vivo. Ante cada uno de nosotros se ha abierto una nueva perspectiva; se ha dado a nuestra existencia cristiana un nuevo sentido y una nueva dimensión" (Juan Pablo II, Carta a todas las personas consagradas, con ocasión del Año mariano, 22 de mayo de 1988).

¿Qué reparamos? Dos movimientos, que existen en toda vocación:

1) Una iniciativa de Dios

El evangelista insiste en ella por tres veces.

Es Dios quien da el primer paso: "El ángel Gabriel fue enviado por Dios" (Lc. 1, 26). Es El quien habla por su mensajero: "Salve, llena de gracia, el Señor está contigo" (Lc. 1, 28 y 30). Es El quien consagra: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra" (Lc. 1, 35). La elección de María como madre del Hijo de Dios expresa la seducción que el Padre experimenta hacia ella. El la toma, porque El mismo ha sido presa de amor, de un amor gratuito que colma a la persona amada.

Es cierto que María pertenecía ya a Dios desde su

concepción inmaculada, en el seno de su madre Ana. Desde el comienzo de su existencia es hija de Dios. Nosotros nacemos con el pecado original, misteriosamente separados de El. El bautismo hará de nosotros hijos suyos, rescatados por la sangre de Jesús, señalados con su sello de un "carácter" indeleble, dicen los teólogos. María, en cambio, desde el primer instante de su existencia está "llena de gracia", que significa igualmente "concebida sin pecado original, inmaculada" (Juan Pablo II, 8 de diciembre de 1983). Ella pertenece a Dios que, en virtud de los méritos de su Hijo, la preserva graciosamente de la mancha original. Se puede decir de María lo que San Pablo dice de la Iglesia: "Cristo ha querido presentársela a sí mismo, gloriosa, sin mancha ni arruga ni cosa parecida, sino Santa e inmaculada" (Ef. 5, 27).

El Padre Martelet hace notar que "ningún hijo puede escoger a su madre y menos aún hacerla tal como la desea". En cuanto al Hijo de Dios, va a ocurrir de muy diferente manera. Es El quien escoge a su madre y la hace tal como la desea (...). Esta preparación divina de María con vistas a la Encarnación es lo que se llama el privilegio de la Inmaculada Concepción (...). En primer lugar se trata de purificación, mejor aún, de pureza, de ausencia total de fealdad, de sombra y de elementos extraños. Sobre todo hay abundancia de luz, de belleza, de exquisitas cualidades. Es una comunión con el ser mismo de Dios, gracias al Hijo que un día va a dar al mundo". (Bernard MARTELET, *Marie de Nazareth, celle qui a cru*, pp. 40-41).

Pero cuando oímos la palabra "privilegio", referida a María, Madre de Cristo y Madre nuestra, no olvidemos que esas maravillas de amor son también para nosotros, "para nuestra salvación", para nuestra alegría: "Dios amó tanto al mundo que le dió a su Hijo" (Jn. 3, 9).

"...María es ya toda de Dios. Está ofrecida, es dada, y

es pobre, espera. Pero aún ignora con qué plenitud debe realizarse en ella las palabras del Cantar: "Soy para mi Amado. Y su corazón tiende hacia mí" (Ct. 7, 11). (Maurice Zundel, en Les plus beaux textes sur la Vierge Marie, Régamey. O.P.).

Esta pertenencia a Dios que la hace hija de Dios, recibe una especificidad particular en la Anunciación. La consagración de hijo de Dios podría llamarse **el género** y la consagración vocacional, **la especie**.

¿En qué consiste ésta? -No en una consagración nueva, como no es un nuevo bautismo la profesión religiosa; es una consagración que revivifica la primera, que la reactiva, que la regenera, la cualifica de diferente manera y la imprime otra orientación. Cuando Dios llama a alguien y le pone aparte para su servicio, le transforma en su interior y le hace apto para su vocación a la santidad y a su misión propia. Porque Dios no mira con amor a alguien sin cambiarlo. Es cierto que la flor que el jardinero o el poeta admiran no queda por eso modificada. Pero una persona no es una flor: la novia sabe cuánto conmueve su corazón el amor de su novio, cuánto la turba su mirada más que ninguna otra.

La señal de esta transformación es el nombre nuevo que Dios le da. En efecto, en hebreo el nombre significa la persona. *"No es simplemente un apelativo sin consistencia; por el contrario, expresa la naturaleza profunda y la función esencial de los hombres y de las cosas"* (La fe de la Iglesia, Catecismo de la Conferencia episcopal alemana para adultos, p. 292). Nombrar es reconocer a alguien en su identidad propia. Es por excelencia un acto de paternidad, de engendramiento. En el caso de María, *"Kejaritome, "llena de gracia"*; en Simón, *"Khephas", "piedra"*; en Jacob, *"Israel"*; en Abram, *"Abraham"*. Ese era el sentido del nombre religioso que antiguamente se nos

daba en el momento de entrar en el noviciado y que aún se sigue dando en muchos monasterios: Juan de la Cruz, Isabel de la Trinidad, María de Jesús Crucificado.

Aquí, María recibe por parte de Dios un Nombre nuevo, desconocido hasta entonces en las Escrituras bajo esta forma (*ver Si. 18, 17; Ef. 1, 6*). Encontramos dificultad en traducirlo pero su significado es claro:

María es el objeto de un amor único de Dios. El Padre la mira, la conoce por su nombre y siente placer en mirarla. Ella es su alegría. Es amada como ninguna otra lo ha sido ni lo será. Entre el Padre y ella hay una como aspiración que la introduce en el misterio trinitario, una aspiración del Espíritu Santo, Aliento del Padre y del Hijo.

Cada uno de nosotros ha sido también llamado por su nombre, un nombre secreto: "...*le daré una piedra blanca. Y en la piedra escribiré un nombre nuevo, que sólo conoce el que la recibe*" (Apoc. 2, 17; Cf. 19, 12). ¿Cómo conocemos ese nombre? Dios nos ve a todos en su Hijo; para El, todos tenemos la figura de Jesús, a menudo, ¡ay!, desfigurada por la Pasión, en la que se hizo "*pecado por nosotros*" (Gál. 3, 13). Es en su Hijo en donde el Padre nos nombra, como es en su Hijo en donde El se ve y se ama. Ya los Patriarcas del Antiguo Testamento, los Jueces, los Profetas, y los creyentes llevaban todos un nombre que Jesús misteriosamente asumiría, porque eran ya su figura.

El nombre que el Padre nos da refleja el nombre de Jesús de una o de otra manera: el Bien Amado, la Roca, la Luz, la Vida, la Ciudadela, el Único. Nos nombra en su Hijo. Nos muestra con qué amor nos ama: "*Este es mi Hijo amado, en quien me complazco*" (Mt. 3, 17).

Hemos recibido este "*nombre nuevo*" (Apoc. 2, 17) el día de nuestra profesión, como María recibió el suyo el día de

la Anunciación. En todo rigor del término, es nuestro nombre propio, es decir un nombre que nos pertenece. Si comprendiéramos esto, tendríamos de qué alimentar nuestra contemplación admirativa hasta nuestra muerte: ¡soy el objeto del amor privilegiado de Dios! ¡soy amado por El de manera única! También a nosotros nos "turba" esta experiencia del Amor, y nos permite superar nuestros temores, apreciar la fuerza de Dios en nuestra misma debilidad y aceptar su llamada.

Llamado y consagrado, he sido también **transformado**. Si la palabra de Dios que interpela es acogida, es eficaz en efecto; no permanece como letra muerta, actúa, opera como una nueva creación, es como una recreación. La llamada de Dios es transformante.

Como el Espíritu Santo invadió a la Virgen María, también nos invade a nosotros. Opera en nosotros una nueva efusión de gracia. Quedamos como sumergidos en El, penetrados por El de parte a parte, capacitados para vivir según la vocación que nos ha sido dada.

"Esta elección nos invita —como le ocurrió a María en la Anunciación— a reencontrarnos en lo más profundo del misterio eterno de Dios que es Amor. Sí, cuando Cristo nos escoge, cuando nos dice: "sígueme", entonces —como lo proclama la Carta a los Efesios— el "Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo" nos escoge en El. Nos eligió antes de la constitución del mundo y nos predestinó en caridad a la adopción de hijos suyos para alabanza de la gloria de su gracia. Por eso nos hizo gratos a su Amado. Nos dió a conocer el misterio de su voluntad, conforme a su beneplácito (Ef. 1, 4 - 6, 9). Las palabras de Pablo: "Vuestra vida permanece oculta con Cristo en Dios" (Col. 3, 3) se hacen entonces para nosotros una verdad cercana y límpida. Nuestra vocación está oculta en el misterio eterno de Dios, antes de hacerse en nosotros un

interior, nuestro "sí" humano, nuestra elección y nuestra decisión. Como la Virgen en el acontecimiento de la Anunciación en Nazaret, meditemos el misterio de la vocación, que se ha hecho nuestra "parte" en Cristo y en la Iglesia". (Juan Pablo II, "Carta a los Consagrados", 22 de mayo de 1988).

2) Una respuesta del llamado.

El segundo movimiento, concomitante con el primero, sube de la tierra al encuentro de Dios que desciende. María acoge sin reservas la propuesta de Dios: "*He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra*" (Lc. 1, 38). Es la entrega de todo su ser a la voluntad de Dios. "*María no solamente tendió la mano derecha a su Creador, fueron sus dos brazos los que abrió y su corazón el que presentó: He aquí la esclava del Señor*". (CLAUDEL, *Journal*, agosto de 1921, p. 515). Es el sí del amor que se entrega al sí del amor que se da. Decisión libre, que acoge el designio de Dios sin reticencias. La gracia de que ha sido colmada María, en nada violenta su libertad, pero Dios la ayuda y el Espíritu la ilumina y fortifica. Un amor interior la quema y ella responde voluntaria y libremente, en una adhesión perfecta de corazón y de espíritu.

Toma de posesión por parte de Dios y "*entrega total y libre de sí de parte de María*" ("**Elementos esenciales**"..., n.º 5). La iniciativa divina, no solamente no ha sido rehusada sino que ha sido aceptada con alegría. El don de Dios ha sido acogido y ello supone el don de sí.

Este sí de María coincide misteriosamente con el sí humano del Verbo que toma carne en ella: "*Al entrar en este mundo, Cristo dijo: "No has querido ni sacrificio ni oblación; en cambio me has formado un cuerpo. No te has complacido ni en holocaustos ni en los sacrificios por el*

pecado; entonces dije: Heme aquí; vengo, como está escrito de mí en el volumen del Libro, para hacer, oh Dios, tu voluntad". (Hb. 10, 5-7). El sí de María al Padre coincide con el sí del Hijo al Padre. ¡Es un día de gozo para la tierra! ¡El día en el que se cumplió la salvación por el sí salvador de la Madre y del Hijo!

En cuanto a nosotros, nuestra respuesta se expresa concretamente el día de nuestra profesión religiosa, en el que dimos a Dios el sí que esperaba su llamada de amor: "Ven y sígueme", y su saludo amoroso: "*Alégrate, lleno de gracia, yo estoy contigo*". Fue el día de nuestra anunciación, en el que nos entregamos totalmente: "*Aquí está el siervo del Señor. Que se haga en mí según tu voluntad*". "*En adelante, el Hermano pertenece a Dios con un título nuevo: es signo viviente de la relación de amor que el Señor establece con los hombres regenerados. Me desposaré contigo para siempre... Me desposaré contigo a precio de fidelidad*" (C. 24).

Esta consagración transforma al llamado en su relación con Dios. Establece con El una nueva relación que tiene una especificidad propia, diferente de la que existía antes. María, que era hija de Dios, se hace Madre de Dios. Ella será la única mujer que tenga con la Trinidad una relación que da vértigo. El que ha sido engendrado desde toda la eternidad por el Padre, ha sido concebido según la carne por María, en quien actúa el Espíritu. No podemos ni imaginar en qué profundidades de amor se estrechan esas nuevas relaciones de María con Dios y de Dios con María. Nos detenemos sobrecogidos ante el misterio, pero "*para Dios nada es imposible*".

Dios nos ha tomado también a nosotros, nos ha transformado por su Espíritu y es El el que ha establecido con nosotros una relación nueva y misteriosa pero real. "*Esta relación es un puro don*". Es una alianza en el mutuo amor

y en la fidelidad, en la comunión y en la misión *contraída por la gloria de Dios, en la alegría de la persona consagrada y la salvación del mundo*" (Elementos esenciales..., n.º 5). Es de carácter nupcial y puede ser comparada con la que existe entre esposo y esposa (Cf. Is. 62, 4). Implica, por lo tanto, un amor único, indefinible, y una misión a la que consagramos la vida entera.

'María, arca de la nueva Alianza' En el relato de la Anunciación, el misterio de la vocación está tratado en vivo y descrito por San Lucas con decoro, con discreción, con una profundidad que abre a la contemplación un campo infinito.

El don que María hace de sí misma a Dios es absoluto. El ángel le dice cómo se realizará el nacimiento del niño: *"El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra"* (Lc. 1, 35). María acoge estas palabras en la fe. No comprende, pero, como verdadera hija de Abraham, se abandona a la voluntad de Dios, segura de que su palabra se cumplirá. Está a disposición de Dios, que se haga en ella su voluntad. Acepta totalmente sus miras y se entrega sin restricción, en la fe.

Esta actitud original de María —que, como veremos, será su actitud de siempre— debería ser también la actitud inicial y constante de todo religioso: la acogida amorosa de la voluntad de Dios, la adhesión de espíritu, de corazón y de cuerpo a lo que Dios quiere, la confianza absoluta en su fidelidad.

Toda vocación conlleva una parte de desconocido ¿Qué ocurrirá mañana? ¿Cómo podrá ser esto? Hoy, acaso más que ayer, el futuro da miedo. Cuando una vocación ha sido bien discernida, ¿por qué temer comprometerse, incluso si no se ve bien a dónde puede conducir, ya que se sabe que

se puede contar con la gracia de Dios para realizarla? "No temas" (Lc. 1, 30). La Palabra de Dios, que crea y desconcierta, recrea y alienta también. El aliento de aquéllos que han hecho experiencia de ello descansa sobre base nueva: la majestad y la fidelidad insondables de nuestro Dios. Reconocemos nuestra dependencia y hallamos en ella nuestra seguridad. Nos abandonamos completamente y dejamos que el poder de Dios obre a través de nosotros. Nos entregamos de todo corazón y enérgicamente, pero a una señal de Dios. No somos nosotros mismos los que nos asignamos tal tarea. "No es una profesión la que hemos elegido, somos llamados y enviados a ella". (Pierre Van Breemen, *Tu as du prix à mes yeux*).

La consagración operada por Dios es del todo interior. Ningún signo visible la garantiza. Hay que creer en ella. La vida religiosa no se comprende sin la fe. Para un incrédulo no tiene sentido. La considera como un gesto insensato, desatinado, como una mutilación. Solamente la fe la justifica.

Tampoco era fácil para María creer que permaneciendo virgen podría dar a luz, creer que su hijo sería hijo de Dios, el Mesías esperado por todo Israel. A pesar de todo, ¡creyó!

En adelante, ella sería por excelencia "la morada del Señor". En ella se unían el Cielo y la tierra, la humanidad y la divinidad. Era, verdaderamente el arca de la nueva Alianza entre el hombre y Dios. Era esa parcela del cosmos en la que Dios inaugura la nueva creación, en la que por fin se halla en su morada.

En el abrazo amoroso de la Trinidad, se va a consagrar ahora en cuerpo y alma a su misión maternal. En Belén, va a dar al mundo al Salvador, al Hijo de Dios, que es su propio hijo; cuarenta días más tarde se lo va a ofrecer al

Padre y recibir de él por el anciano Simeón la revelación de su participación dolorosa en la redención; durante treinta años le va a educar en la soledad de Nazaret, con todo el amor de su corazón y la sabiduría de su espíritu, completamente entregada a su vocación maternal.

Como la Virgen María, y guardando todas las proporciones, creamos también nosotros en la realidad de nuestra vocación y de nuestra consagración. Dios nos ha llamado y nos ha hecho suyos. Nos ha señalado con un sello que nos hace propiedad suya; nos ha dado un nombre, un nombre propio, único, que significa llamada y misión, amor y gracia. Mostrémonos gozosos por ello, permanezcamos fieles y repitamos con María: *"Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador, porque ha hecho en mí maravillas"*.

Comprometámonos sin reserva ni de tiempo ni de esfuerzo en nuestra vocación de religiosos educadores, ofrezcamos al mundo una figura de Jesús que sólo nosotros podemos darle. Todos los días, cuando hacemos la voluntad del Padre, como María, nos mostramos *"siervos del Señor"*, nos semejamos más al Siervo de los siervos, respondemos mejor al nombre que el Padre nos ha dado en su Hijo y con el que se complace llamarnos.

II

MARÍA Y LOS VALORES DE LA CONSAGRACIÓN RELIGIOSA:

el Fiat cotidiano

María, modelo de los consagrados desde el principio de su vocación, lo es también "*de los valores de la consagración religiosa*". (Elementos esenciales, nº 53). Está realizada por Dios y aceptada por el hombre el día de su profesión, se expresa por actos que diariamente significan esa realidad. Nos haría falta contemplar a María en su vida todos los días. El Evangelio nos habla muy poco de ella. No pasan de constituir como centellas en la noche. Nos gustaría conocer las actividades a que se dedicaba en su casita de Nazaret, cómo eran sus relaciones con la vecindad, oír su conversación. Nada de todo esto se nos dice. Sin duda, así es mejor: nuestra mirada no se dirige primero hacia ella, sino hacia Jesús, el único Salvador. María "*la más redimida*" (Karl Rahner), nos conduce siempre a El. Contentémonos, pues, con lo poco que nos dice el Evangelio.

1) *María y los votos*

"La sierva del Señor en la pobreza de los anawim"

¿Conoció María la pobreza económica? De todas las formas, su casa de Nazaret es de gran modestia, una especie de gruta o de sótano excavada en la roca, húmeda y con poca luz. Muchos de nosotros la hemos visto, ésta u otras parecidas en esa tierra de Galilea. Pobreza, extrema sencillez:

¿cómo no va a impresionar tal despojo? ¡Sin embargo, tuvo que dejarla para dar a luz a Jesús... sobre pajas! Cuarenta días más tarde, no pudo ofrecer más que *"un par de tórtolas o dos pichones"* (Lc. 2,24), la más humilde de las ofrendas previstas por la ley.

No pensemos, sin embargo, que vivía en la miseria o en la necesidad. José tenía un oficio muy respetable, uno de los mejor considerados en la sociedad local de la aldea, lejos de ser despreciado, como, por ejemplo el de pastor. La vida era como la de una familia modesta, sencilla.

Durante la vida pública, María acompaña a Jesús en sus peregrinaciones, al menos de vez en cuando, compartiendo la condición de *"quien no tenía una piedra donde reclinar la cabeza"* (Mt. 8,20; Lc. 9,58). A la muerte de su hijo, da impresión de que María no tiene nada, puesto que se la confía a Juan.

No obstante, su pobreza es ante todo una pobreza de corazón, esa especie de desprendimiento de todo lo que no es Dios. María vivía la pobreza de los *"anawim"*, de los *"pobres de Yahvé"*, que habían conservado la confianza de que las promesas mesiánicas se cumplirían, a pesar de las desdichas del tiempo y los siglos de silencio de Dios. Ponían su fe en Dios y *"esperaban contra toda esperanza"* (Rom 4,18). Tenían las manos vacías, *"vivían en una total dependencia, confiando en la providencia amorosa de Dios"*. (Instrucción sobre algunos aspectos de la Teología de la liberación, nº 5). Sin poder, ni riqueza, ni ambición, esperaban la salvación solamente de El.

En tiempo de Jesús, esos *"anawim"* se llamaban Isabel y Zacarías, Simeón y Ana, los pastores y los magos. Los apóstoles y los discípulos que le seguían y le escuchaban eran los pequeños a los que estaba prometido el Reino de Dios, la Samaritana, Zaqueo, la mujer adúltera, la que

entregaba el óbolo de su necesidad, los enfermos, los impedidos, los pecadores sobre todo, todos los que ponían su confianza, no en sí mismos sino en Jesús. No eran los políticos, romanos o saduceos y menos aún los hombres llamados religiosos, sanedritas, doctores de la Ley, o fariseos con raras excepciones como Nicodemo y José de Arimatea. Lo que caracteriza a estos "pequeños", como Jesús los llama, es una actitud interior hecha de desprendimiento, de desposesión de sí y de todo lo que pudiera parecer poder, una actitud de humildad, de dependencia, de acogida a Otro que viene a sacarlos de su seguridad y convertirlos de su conducta y en quien reconocen a su salvador.

María es su tipo por excelencia. Ella *"ocupa el primer lugar entre esos humildes y esos pobres del Señor que esperan y reciben la salvación de él con confianza"* (LG. nº 55). Esto fue cierto en la Anunciación, en donde abandonó sus proyectos para aceptar el proyecto de Dios. Fue cierto cuando encontró a Jesús en el templo en donde, sorprendida por las palabras misteriosas de Jesús, permaneció callada, carente de luz y sin entender nada. Fue cierto en Caná, en donde Jesús puso distancia entre ella y él. Fue cierto durante la vida pública: *"¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?..." "No son dichosos los pechos que me alimentaron, sino todo aquél que escucha la palabra de Dios"*.

Fue aún más cierto al pie de la cruz, en donde se desposee del mismo Jesús y se lo entrega al Padre.

Su propósito de virginidad es un aspecto importante de su pobreza. Si la Virginidad ha sido exaltada en el Nuevo Testamento y en la tradición católica, no lo era así antes del Evangelio: la procreación era un deber sagrado; la esterilidad era para una mujer, no solamente un inmenso sufrimiento sino también un oprobio; la virginidad volun-

taria era casi impensable, era una extrema "pobreza" y la renuncia al más bello sueño de toda hija de Israel: ser la antecesora, la Madre acaso del Mesías esperado.

En el Evangelio, María se eclipsa y se calla cada vez más. Hay en ella una actitud de despojo total, de profunda pobreza. Ni una sola vez se tiene la impresión de un repliegue sobre sí misma, sobre su dicha, sobre los dones recibidos de Dios. Por el contrario, todo le es devuelto: "*Mi alma glorifica al Señor. Ha mirado la humilde condición de su sierva. Ha levantado a los humildes, ha colmado de bienes a los hambrientos*". No pone la mano en el don de Dios y no retiene para sí a Jesús, como podría hacerlo una madre acaparadora, sino que lo entrega completamente. Su "*tesoro*" se le escapa del todo.

Así deberíamos ser: abiertos a la palabra de Dios, con las manos vacías, desposeídos, "*disfrutando de las cosas como si no se disfrutase de ellas*", conscientes de nuestra total impotencia en el orden de la salvación, pero confiados en la promesa y en el don de Dios. Ese es el sentido de la pobreza religiosa: ser ante Dios como un niño que no tiene nada, que no puede nada, sino que todo lo recibe, maravillado de la generosidad de su padre. Como María, presente, pero impotente y que no cuenta consigo.

"María, madre del amor hermoso" El amor de María tiene de particular que se da todo a Dios y todo a José. Dado todo a Dios porque "*el fruto de su vientre*" es el Hijo de Dios, obra del Espíritu en ella. Dado todo a José, su esposo, a quien ella "*no conoce*", pero al que pertenece como esposa, a fin de que sean respetados los designios de Dios al inscribir humanamente a su Hijo en la familia de David.

Aquí nos damos cuenta de qué fecunda es la virginidad

vivida en la fe absoluta: fecundidad física, puesto que por la fuerza del Espíritu, el amor que María reserva a Dios origina el nacimiento de un niño que es el propio Hijo de Dios, y fecundidad espiritual, puesto que por la Encarnación el mundo es salvado. La concepción virginal de Jesús por María es el signo de la fecundidad, de toda virginidad aceptada por el Reino (cf. D 39).

Es difícil hacerse una idea del amor de María a Jesús. Ningún niño ha sido tan semejante a su madre y al mismo tiempo tan diferente: "*Mujer, ¿a ti y a mí qué nos importa?*" (Jn. 2,4). No obstante, ¿cómo pensar que Jesús, de tan fina sensibilidad y tan delicado de sentimientos, puede ver frustrada su necesidad de ser amado? Ningún niño hubiera podido alcanzar el equilibrio de que él dio pruebas durante su vida pública, sin haber sido amado por sus padres, en especial por su madre. Tuvo que haber correlación entre el amor de la madre y las exigencias de amor del hijo. Y éstas correspondían a una persona divina. El amor de María, "*llena de gracia*", tuvo que ser en cierta forma divino para que Jesús fuera amado a la altura de sus necesidades y de sus deseos, a la altura de su Ser.

El milagro de la Anunciación dio a María la capacidad de responder a su vocación de madre de Dios. La continua reactivación de la efusión del Espíritu recibido aquel día la ponía en condiciones de cumplir su tarea educadora y Jesús "*crecía en sabiduría y en gracia delante de Dios y delante de los hombres*" (Lc. 2, 52) sin frustración ni traumatismo psicológico de ninguna clase. Lo que estaba en germen en este misterio se transformó en gavilla "*desde Belén hasta el Calvario y más allá*", en respuesta a las diarias necesidades de su hijo: amor y ternura del que los pastores fueron los primeros testigos en la pobreza del establo; amor y valentía con que supo sobrellevar los sarcasmos y la deshonra "*en el momento en que la misión*

de su Hijo se hunde aparentemente en el oprobio y en el fracaso" (Mensaje del Comité episcopal de Teología de Quebec, 1985); amor de fe, que prescinde de su presencia física cuando Jesús sube al Padre y María queda sola. Es un amor más fuerte que el odio, más fuerte que la muerte: *"Las muchas aguas no pudieron apagar el amor"* (Ct. 8,7). La castidad consagrada de María no es un temor cobarde, es un amor de ofrecimiento, renovado sin cesar. María es virgen para amar mejor, amar mejor a Jesús y en él a todos los hombres. Es un amor dilatado y dilatador, ecuménico, universal.

Ella amaba a José con un amor casto, a la vez virginal y esponsal, respetuoso con su excepcional vocación, con un amor que comprende a la menor señal, que sostiene en la prueba y en las tribulaciones, que coincide en el mismo afecto a Jesús. José la correspondía en su amor, con un *"amor muy humilde, amor de asombro, de emoción y de silencio, el amor sencillo de un pueblo, de una casa, de un trabajo, un amor que no necesita alargar la mano para tocar, que únicamente admira"*. (Didier DECOIN, *La Sainte Vierge a les yeux bleus*, pp. 62-63).

Aún hoy María ama como nadie. Envuelve a todos los hombres de una inefable ternura, de una atención infinita. *"¿Cómo una madre va a olvidar a su hijo?"* (Is. 49,15). Su amor hacia cada uno de nosotros no tiene igual. Es inagotable y sin medida.

A nuestra vez, también nosotros la amamos. La admiramos como a *"la criatura humana más pura, más inocente, más perfecta, más digna de la definición que Dios había dado al crear al hombre: imagen de Dios, similitud de Dios"*. (Pablo VI, el 8 de septiembre de 1964, en Castelgandolfo).

La contemplamos como:

*"La mujer por fin restituída en gracia,
La criatura en su primer honor
y en su expansión final,
tal como salió de las manos de Dios
en su esplendor original,
inefablemente intacta".*

(Paul Claudel, *La Vierge à midi*).

Gustemos de elevar los ojos hacia ella para saturarnos de su beldad. Es una belleza en la que se transparenta toda la pureza de su alma, una belleza casta que virginiza las miradas y los corazones enamorados de ella, una belleza que irradia inocencia y apaga las pasiones desencadenadas. En las tentaciones violentas, "recurramos a *María con la mayor confianza*" (C 14); "que es como una irrupción de lo espiritual en lo carnal", y ella restituirá la calma a nuestras almas turbadas.

Necesitamos en nuestras vidas esta presencia femenina, todo frescura, dulzura y ternura.

**"Virgen obediente,
cuyo sí cambió
nuestra historia"**

Obedecer es hacer la voluntad de Dios. Y eso supone ejecutarla. Sabemos, por otra parte, que obedecer y escuchar tienen la misma raíz latina (*ob-audire: obedecer; audire; escuchar*). "María nació en el pueblo que escuchaba (DT 6,4) del pueblo que obedece a Dios. Ella es todo escucha de Dios. Ella es todo oídos a la voluntad de Dios. María es el oído de la humanidad vuelto hacia el deseo de Dios". (Cuadernos para Creer hoy, 20 de agosto de 1988, p. 28). En la Anunciación, obedecer fue su actitud fundamental: "Que se haga en mí según tu palabra". Y será la de su vida entera.

Ella se definió a sí misma como *"la esclava del Señor"* (Lc. 1,38), hasta en su oración: *"ha mirado la humilde condición de su sierva"* (Lc. 1,48). Esa es su naturaleza, podía decirse, su esencia. Ella está *"al servicio de"*; no tiene autoridad, no es la primera, está al servicio del Padre, de sus designios de amor a los hombres.

Esta obediencia se inscribe en una actitud de libertad. Es una obediencia humana que trata de comprender lo que Dios quiere: *"¿Cómo será esto, pues no conozco varón?"*. María es el instrumento libre e inteligente en las manos de Dios para la realización de su proyecto de amor a los hombres y al mundo.

Ella abraza la voluntad de Dios a pesar de que aún hay oscuridad, segura de que ha de corresponder con su propio bien, y se entrega completamente, a fin de que esa voluntad se cumpla en ella: *"Fiat"*. Porque la libertad no consiste en hacer lo que se quiere, sino en querer lo que se hace. No es solamente poder elegir en favor o en contra de Dios, sino *"la adhesión cordial al querer divino, reconocido como el verdadero bien del ser, como la verdadera riqueza del corazón liberado"*. (P. Ferlay, op. cit., p. 33).

"Si el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, hacer su voluntad, de ninguna manera es frustrante, sino por el contrario es expansivo. María comprendió que la Palabra de Dios no era abrumadora, una palabra capaz de disminuir al hombre y de rebajar a la criatura a un estado de servidumbre... .. Cumpliendo la voluntad de Dios, el ser humano responde a su vocación de criatura y por ello se dilata. La libertad consiste, ante todo, en realizar lo que somos". (Cuadernos para creer hoy, 20 de agosto de 1988, p. 30).

Nuestra Señora del sí. De un sí que compromete a una obediencia total, sin réplica, inmediata y sin murmura-

ción, que no indique titubeo o duda, como la de Zacarías. Obediencia gozosa: no nos imaginamos a María aceptando a desgana, o haciéndose la remolona. Obediencia franca, de quien no se arrepiente. María se entrega para siempre. Nunca se volvió atrás, nunca volvió la mirada al pasado. Su sí fue de una sola trayectoria en línea recta, el sí de una obediencia amorosa. El Espíritu le concedió el don de responder al Amor con amor.

María hizo de la obediencia su substancia de tal manera que no supo decir otra cosa a los sirvientes de Caná: *"Haced todo lo que él os diga"*. En estas últimas palabras que de ella nos relata el Evangelio, nos da el secreto de su vida. Es por así decirlo, su testamento espiritual. Lo tendríamos que escuchar con tanta mayor atención cuanto que la escena es altamente simbólica, pues significa las bodas de Cristo Esposo con la Iglesia su esposa, a la que proporciona el agua y la sangre de los verdaderos esponsales.

Hay que ver en esto algo más que una invitación a ejecutar las órdenes de Jesús.

María, en efecto, repite el grito del pueblo que aclamaba a Moisés cuando bajó del Sinaí y sellaba la alianza con Dios: *"Haremos todo lo que Dios nos pida"* (Ex. 19, 8; Dt. 5, 26). Ella aparece por lo tanto aquí como la mujer de la Alianza, la Hija de Sión que resume a todo el pueblo judío y que nos muestra a su hijo como aquél que viene a sellar con nosotros una nueva y eterna alianza: *"Haced todo lo que él os diga"*:

"Y con el agua de la obediencia, Jesús va a dar de beber en las bodas". (Dom Jean Lévêque, o.c.d., *L'être seul et l'être ensemble*, p. 9).

La obediencia va a conducir a María al Calvario, en donde une su Fiat al de su Hijo. *"Padre, no se haga mi*

voluntad, sino la tuya". El misterio de la obediencia conduce siempre a la cruz, porque Jesús es su camino; es aquél que "*siendo Hijo, aprendió, por lo que padeció, la obediencia*" (Hb. 5, 8) y que fue hecho "*obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*" (Fil. 2, 8), (Cf. D. 53).

Para el religioso, la obediencia es el voto crucificante por excelencia. Al ofrecer a Dios su libertad se sacrifica todo entero; como María "*participa por amor en la actitud obediente de Cristo Salvador*" (C 24), "*en el misterio de obediencia de Cristo*" (D 55).

Sí en la Anunciación, sí en Caná, sí en el Calvario: los síes son numerosos a lo largo de la vida, pero hay algunos que predominan sobre todos los demás y los determinan. Son los síes de los cruces de caminos, cada vez que la vocación profunda del ser está en juego, cada vez que la propia vida religiosa está en discusión, y en especial cada vez que se siente una llamada a vivir más profundamente el misterio de la cruz.

* * *

En la pobreza con María, el Hermano vive el desasimiento de las cosas y de los acontecimientos cotidianos. En la castidad con María, vive el desprendimiento del prójimo para el que trabaja, sin búsquedas egoístas. En la obediencia con María, vive el desprendimiento de sí mismo en el sí a Dios.

En resumen, el Hermano "*ve en la Sierva del señor, totalmente dócil al Espíritu Santo e íntegramente dedicada a la Persona y a la obra de su Hijo, el modelo eminente de su propia vida consagrada, casta, obediente y pobre*" (D 12).

2) *María y la oración*

"La mujer contemplativa, que guarda todas las cosas en su corazón" ¿Cómo fue la oración de María? El Evangelio nos revela discretamente su actitud interior y algunas manifestaciones exteriores.

1) *La actitud interior es una escucha atenta a la palabra de Dios, una escucha de fe.*

La primera imagen que tenemos de María en el Evangelio es la de una joven que está a la escucha. *Fra Angélico* lo comprendió bien: la pinta tensa hacia el ángel que la saluda, como transportada hacia él, como aspirada por sus palabras. No en vano se llama "Anunciación" a esta escena. Aquí no hay más que palabras, a diferencia de la escena con Zacarías en donde se pone el acento en la visión. María presta atención a lo que Dios dice. Es todo oídos. Y ciertamente, no es una actitud fortuita, puesto que el ángel, para hacerse comprender emplea palabras de la Sagrada Escritura que María capta enseguida, porque le son familiares, y la confunden precisamente porque las comprende. Verdaderamente, es "la Virgen que escucha, *Virgo audiens*". (Pablo VI, *Marialis Cultus*, n^o 17).

María conservará esta actitud interior toda su vida. El Evangelio lo hace notar por dos veces. Primero, durante la infancia de Jesús, cuando los pastores acudieron a visitar la cuna: "*María, por su parte, guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón*" (Lc. 2, 19). Luego, durante la adolescencia de Jesús, después de su encuentro en el templo: "*Su madre guardaba todas estas cosas en su corazón*" (Lc. 2, 51).

A doce años de distancia conserva la misma actitud:

"guardar las cosas en su corazón". Fijémonos en la expresión. La oración no es un asunto de inteligencia, sino un asunto de corazón. "No se ve bien más que con el corazón", decía el zorro al Principito. "Lo esencial es invisible a los ojos". Es el corazón el que comprende las cosas de Dios, es "la inteligencia-afecto", por así decirlo. Hay que amar para comprender y orar. "La oración no consiste en pensar mucho, sino en amar mucho" (Santa Teresa de Jesús). La oración es la adhesión del corazón.

¡Son tantas las cosas que María no comprende en este evangelio de la infancia de Jesús!: el nacimiento en desnudez del creador del mundo, la indiferencia de los hombres para con el Mesías. La primera palabra de Jesús que nos relata el Evangelio es ya un misterio: *"Y ellos no comprendieron lo que les decía"* (Lc. 2, 50). Son palabras y acontecimientos que la desconciertan. Entonces, *"ella guarda todas estas cosas en su corazón"*. Ella *"las guarda"*, no de manera pasiva e inactiva, sino reflexiva. Los términos griegos significan *"confrontar, unir, discutir"*. María trata de comprender mejor para poder entrar mejor en los designios de Dios sobre ella. Procura captar *"las conexiones que hay entre los acontecimientos y las palabras, a fin de que su significado la sea lo más claro posible"*. (Juan Pablo II, 4 de julio de 1990).

Ella no se subleva, como nosotros estamos tentados de hacerlo tan a menudo cuando no comprendemos una palabra de la Sda. Escritura, o cuando nos desorienta una situación de nuestra vida. María madura la palabra dentro de sí misma para que un día produzca su fruto, la calienta dentro de su corazón para que pueda llegar a la madurez. Trata de comprender lo que Dios la dice, de *"comprender a Dios"*, sin extrañarse de que hay muchas cosas que la exceden.

Esta actitud producirá la alegría de Jesús durante su

vida pública. Ante la sorpresa de sus oyentes —como a veces ocurre actualmente a lectores de este pasaje evangélico— llamará bienaventurada a María, no por haberle dado a luz o haberle alimentado a sus pechos, sino por haber *"escuchado y practicado la palabra de Dios"* (Lc. 11, 28). Había visto a su madre trabajar, la había visto cuando creía y vivía su FIAT cotidiano en la oscuridad de la fe. María no llegaría a comprender bien más que después de Pentecostés, cuando recibió la plenitud del Espíritu. Fue entonces cuando relató a Juan y a Lucas los acontecimientos de la infancia de Jesús, cuyo sentido le fue entonces revelado en plenitud.

¡Cuántas veces nos ocurre a nosotros que solamente más tarde llegamos a comprender lo que nos ocurre! ¡Qué misteriosa nos parece la conducta de Dios en nuestras vidas y en el mundo!

Retengamos esta primera lección: la oración es ante todo un rumiar la Palabra de Dios. Y eso, porque es la Palabra que nos dice Dios; sin ella, no le conoceríamos más que por fuera, por sus obras, pero no en El mismo, en su vida íntima.

* * *

Anotemos, además, que la oración no exige muchas palabras para explayarse y prolongarse. El Evangelio ha mencionado pocas palabras de Jesús a su Madre. Pero ellas la revelaron los misterios que bastaron para alimentar su meditación hasta la muerte.

La primera es la que dijo siendo adolescente cuando comenzó a emanciparse de la familia. Había subido por vez primera al templo de Jerusalén durante la fiesta de la Pascua. Se quedó allí sin darse cuenta sus padres, que le buscaron durante tres días. Y he aquí que le encuentran

discutiendo con los doctores. A la afectuosa queja de María, Jesús responde: "*¿Por qué me buscábais? ¿No sabíais que debo ocuparme en los asuntos de mi Padre?*" (Lc. 2, 49).

Esta es la primera palabra de Jesús en el Evangelio, la única que conocemos de su vida oculta. María la recibió como una madre recibe la primera palabra de su hijo. La recuerda discretamente la profecía de Simeón. Sobre todo, le revela, dicha por el mismo Jesús, su filiación divina, su identidad de hijo de Dios, mucho antes de que lo revelara durante la vida pública. Ella es la primera a la que Jesús habla de Aquél de quien no cesará de hablar a los hombres: de su Padre. ¿De quién podía hablar sino de su Padre, de quien viene y a quien va? ¿No habla la boca de la abundancia del corazón?

María y José "*no comprendieron lo que les decía*" (Lc. 2, 50). Y ¿cómo lo iban a comprender, pues discretamente levantaba un poco el velo del misterio trinitario y por lo tanto también el de la Encarnación redentora? Sin embargo, María conocía algo de él por el ángel Gabriel. Desde hacía doce años que ella meditaba el misterio. Pero las sombras eran mayores que la luz. Había muchas cosas que no entendía y las palabras de Jesús no fueron más que un relámpago que hizo la noche más oscura todavía. Se las repetía a sí misma interiormente, las oraba en su corazón, hasta que poco a poco el Espíritu la fue iluminando y conduciendo "*a la verdad completa*" (Jn. 16, 13).

¿Por qué nos vamos a extrañar de que la Palabra de Dios desborde la inteligencia humana? ¿Por qué extrañarse de que no se revele su riqueza sino lentamente? Y esto puede durar años... En Nazaret, María vivió en el claroscuro de la fe, alimentando su oración con estas primeras palabras de Jesús.

La segunda palabra es la que pronunció en Caná. De nuevo, ¡palabra bien misteriosa! Con ella se marca la distancia que separa a María de Jesús, e indica la trascendencia de Dios, sin cuyo reconocimiento no existe actitud verdaderamente religiosa: Dios no es ningún camarada "*Mujer, a ti y a mí ¿qué nos importa? Mi hora aún no ha llegado*" (Jn. 2, 4). "*Mis caminos no son vuestros caminos... Mi tiempo no es vuestro tiempo*". Por vez primera, también a su madre, Jesús revela algo de los designios de Dios sobre él, algo de su misión de Salvador, de la necesidad de sufrir y de morir por la salvación del mundo, cuando llegue la Hora, la Hora querida por el Padre, la Hora de su Pasión, Muerte, Resurrección.

Esta palabra se dijo "*al tercer día*" (Jn. 2, 1) como símbolo de otro día; se dijo en una boda en la que Jesús cambió el agua en vino como símbolo de otro vino, el vino de la nueva Alianza que fluye del lagar de la cruz. Con estas palabras, Jesús prepara a su madre para el Calvario. Después del misterio de la Trinidad, le revela algo del misterio de la Redención. Estas palabras son para ella una llave que la permite entrar en la vida pública de Jesús. Tendrán que pasar tres años antes de que pueda entender su significado: cuando suene la Hora, ella estará junto a la cruz, de pie.

Jesús la dirigirá entonces una **tercera y última palabra**: "*Mujer, ahí tienes a tu hijo*". María recibe piadosamente este testamento espiritual, como se reciben las últimas palabras de un moribundo. Le revelan el misterio de su maternidad espiritual para con los hombres. Por el sacrificio de Jesús que les reconcilia con el Padre, los hombres se hacen hijos de María, al ser hermanos de Jesús.

María vivirá con estas palabras hasta el fin de su vida.

Es emocionante recoger de los mismos labios de María, como lo hicieron Lucas y Juan, las tres palabras que ella "guardó en su corazón", de todas las que Jesús le dijo. Tres palabras que levantan un poco el velo de tres misterios: la identidad de su hijo con el misterio trinitario, su misión de salvación y el misterio de la redención, su propia identidad de madre de los hombres y su misión entre ellos.

Se diría que estas tres palabras alimentaron su reflexión y su oración a lo largo de su vida como lo habían hecho las del ángel Gabriel durante la infancia de Jesús. Ella fue penetrando su sentido y apurando su riqueza lentamente y cada vez más profundamente, hasta que le fueron plenamente reveladas por la luz del Espíritu. Su oración fue siempre una oración de fe.

En diferentes etapas de la vida, también nosotros estamos invitados a experimentar la riqueza inagotable de una sola palabra de Dios. En efecto, la oración no exige numerosas palabras, ni pide que se pase de una a otra rápidamente. ¿Por qué se hace a veces como la mariposa que va de flor en flor? ¿No sería preferible ir más al fondo, como la abeja?

¿Cómo escuchamos? ¿Como María, con la fe que trata de comprender? ¿Como Zacarías, que duda? ¿Como el incrédulo, que rechaza?

* * *

Si María comenzó por escuchar y por rumiar la Palabra, se podría añadir que poco a poco y cada vez más, contempló la Palabra, la Palabra hecha carne, la Palabra viviente. No son solamente las palabras las que la hablan, también son una mirada, un gesto, una actitud de Jesús. Es el silencio, un silencio que se hace elocuente. Ella misma, después de Caná guarda silencio; se calla, contempla.

Esta oración contemplativa alcanza su cima en el Calvario. María no dice nada, pero está allí de pie, junto a la cruz, con *"el pueblo que estaba mirando"* (Lc. 23, 35), con la muchedumbre *"que había acudido al espectáculo"* (Lc. 23, 48), con las mujeres que habían acompañado a Jesús desde Galilea y *"que estaban mirando"* (Lc. 23, 49). Sin duda, nunca hubo unión más indisoluble entre el Hijo que se da y la Madre que asiente, que ofrece. Es el sí de la sierva que comprende sin que se la hable, *"con los ojos fijos en las manos de sus señores"* (Ps. 123, 2). La última imagen de María que nos ofrece el Evangelio, la del Calvario, la de la Virgen que contempla, es paralela a la primera, la de la Anunciación, la Virgen que escucha.

La mirada nos habla de Dios tanto como el oído. Tendríamos que mirar a Jesús, prolongadamente, observar sus actitudes, sus maneras de hacer y de ser, y madurarlas en silencio. Normalmente, la oración de un religioso se va transformando en contemplación, en silencio. A menudo, un silencio doloroso, árido, vacío. Pero un silencio transformante: ha ido cambiando sin darse cuenta, como la placa fotográfica expuesta a la luz, a la que impresionan las imágenes.

Contemplar sin decir nada. Muy a menudo la oración no es más que eso: una mirada de amor, una mirada que compadece, una mirada que hace entrar en comunión con Jesús.

A veces Dios rompe ese silencio. Su palabra alcanza entonces un peso, un relieve, una intensidad extraordinarios. Como las palabras de Jesús en la cruz a su madre.

2) **Tratando de la misma oración de María, el Evangelio nos da dos ejemplos: el Magnificat y su intercesión en Caná de Galilea.**

A veces se ha dicho que el Magnificat no es de María, sino de una comunidad cristiana primitiva que lo escribió después de la resurrección de Jesús. Sin embargo, ni el vocabulario ni el contenido lo indican ni lo implican. El texto es un tejido de reminiscencias del Antiguo Testamento tomadas de dos fuentes principales: el Cántico de Ana y los Salmos. La Traducción Ecuménica de la Biblia (TEB) hace referencia nada menos que a 17 Salmos. El texto parece darnos la misma oración de María inspirada por el Espíritu, pero aún no iluminada por la muerte y resurrección de Jesús, aunque actualmente podemos recitar el Magnificat a esa luz. María era hija de Israel y normalmente oraba con los Salmos; no nos podemos extrañar de que se inspirase en ellos su propia oración. Tenemos aquí el testimonio de que ella "*meditaba en su corazón*" la Sda. Escritura, de forma que alimentaba en ella su oración personal, y de ella tomaba espontáneamente el lenguaje. María hacía suya verdaderamente la palabra de Dios a la que no consideraba palabra extraña o que permaneciese en su exterior.

Canto de alabanza a Dios y de acción de gracias. Brote admirativo y agradecido a lo que Dios había hecho por ella y por su pueblo. Humilde aceptación de su gloria presente y futura. Oración maravillada de la humilde sierva cuyo espíritu exulta de gozo a la vista de las "*mirabilia*" de Dios a ella misma y a través de ella.

El texto se estremece de alegría y de esperanza, sin sombra de duda o de inquietud. Canta la revolución mesiánica, la gran gesta de Dios que viene a liberar a los pobres de la opresión de los ricos. Clama la esperanza de todos los oprimidos, que ven que Dios derriba a los

potentados de sus tronos y eleva a los humildes. ¡Maravilloso amor de Dios a María y a su pueblo! ¡Amor gratuito del que está encantada!

"Ella está allí de pie cantando el Magnificat y contando a Dios las grandes cosas que se ha dignado hacer. Es la voz del universo entero, que la rodea como una corona y al que alivia de esa inmensa necesidad de testimonio y de acción de gracias que le agobia". (Paul Claudel, J'aime la Bible, p. 117).

María *"glorifica al Señor"*, ordenando su oración en tres tiempos:

- **En el presente**, expresa su acción de gracias personal: *"El ha mirado la humilde condición de su sierva. El Señor ha hecho en mí maravillas"*.

- **En el pasado**, alaba la fidelidad de Dios que cumple las promesas hechas a Abraham.

- **Para el futuro** anuncia su propia gloria y la inagotable bondad de Dios para con su pueblo: *"desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Su misericordia va de generación en generación para los que le temen"*.

Nosotros cantamos el **MAGNIFICAT** todos los días en Vísperas. Y lo podemos hacer de tres maneras:

- cantarlo con María, prestándole nuestra voz y reviviendo sus sentimientos;
- actualizándolo en nuestra vida, como ella actualizó el Cántico de Ana, añadiendo nuestra experiencia personal y cantando las maravillas de Dios en nosotros y para nosotros;
- considerándonos como voz de la Iglesia que da gracias por todo lo que Dios realiza en ella y por ella.

Ciertamente, no sólo debemos dar gracias a Dios durante Vísperas, sino en todo tiempo. Toda nuestra vida debe ser un MAGNIFICAT. ¿No es un regalo maravilloso nuestra vocación? Tanto los jóvenes como los de edad entre nosotros, podrían afirmarlo.

* * *

El segundo ejemplo es Caná: hay una oración de intercesión, de admirable discreción.

Aparentemente la intercesión de María era rehusada. Da impresión de que Jesús consideraba su solicitud como inoportuna y respondió negativamente. Sin embargo, siguió confiando. "*Haced lo que él os diga*", dijo a los sirvientes. Y obtuvo mucho más de lo que esperaba, pues su petición surtió un doble efecto: material, del vino en cantidad y calidad, y espiritual, la fe de los apóstoles en Jesús.

La oración es siempre escuchada por Dios, que da siempre más de lo que le pedimos. Pero a veces "*corrigiendo*" esas peticiones o "*rectificándolas*", en particular si son temporales.

María no se muestra indiferente hoy a las necesidades del mundo, a nuestras necesidades, a las de nuestros alumnos, a las de nuestra Congregación. Presentémoselas y esperemos que interceda ante su Hijo: "*No tienen pan. Ya no tienen fe. Ya no tienen vocación*". "*Hay ciertas cosas que Cristo no va a comprender si su Madre no se las dice al oído*", dice graciosamente Paul Claudel. (*La Rose et le Rosaire*, p. 76). Y si tenemos la impresión de no ser escuchados, conservemos la confianza, continuemos haciendo todo lo que Jesús diga y llenemos las ánforas hasta el borde. "*Bajo la mirada de María, echemos agua... El lo transformará en vino. Echemos vino... El lo transformará en su sangre*". (Dom Jean Lévêque, o.c.d. *L'êtré seul, l'êtré ensemble*, p. 9).

3) *María y la Misión*

"Misionera que se apresura a ir a Ain Karim" Toda vocación es misionera.
No hay llamada sin misión.
No hay anunciación sin visi-

tación. Estos dos misterios de la vida de María son complementarios. Hay que comprenderlos el uno con el otro. Entre las dos escenas hay un paralelismo llamativo, incluso en su misma estructura. La primera, que tuvo lugar sin testigos y que se podría prestar a ilusión, queda confirmada de manera deslumbrante y verdaderamente sobrenatural por la segunda, en especial por las palabras de Isabel, tan parecidas a las del ángel.

Estas dos mujeres realizan una misión en este encuentro. Sin embargo, ellas son instrumentos, no su Autor principal. La Palabra que María lleva en su seno, muda aún, se deja oír y, *"viva y eficaz, más que espada de doble filo"* (Hb. 4, 12), hace maravillas. Ante la cercanía de Jesús, el pequeño Juan se estremece en el seno de su madre, salta con el gozo mesiánico, el que más tarde tendrá cuando se acerque el Esposo: *"El amigo del esposo, el que está a su lado y le oye, se alegra mucho con la voz del esposo. Así, mi gozo es completo"* (Jn. 3, 29). Así cumple ya su misión de precursor: *"En medio de vosotros está uno a quien no conocéis: es el que viene después de mí"* (Jn. 1, 26).

El reconoce la llegada de la salvación y se lo señala a su madre; ésta, inspirada por el Espíritu, se lo confirma a María *"a grandes voces"* (Lc. 1, 42), voces proféticas que resuenan de generación en generación: *"Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. ¿Y cómo es que la madre de mi Señor viene a mí?"* (Lc. 1, 42).

Por María comienza a derramarse la gracia de la Sal-

vacación. El Hijo encarnado bautiza ya en el Espíritu: Juan Bautista e Isabel fueron los primeros beneficiarios de aquella efusión de luz y de gozo. Después de la Anunciación, María no se encierra en sí misma. Sin embargo, sería comprensible que después de una experiencia espiritual de esta profundidad se retirase a gozar de su dicha en la soledad de Nazaret, bendecida por Dios durante los nueve meses de embarazo. *"¿No tenía motivo para consagrarse exclusivamente al misterio que la había conmovido y al niño que crecía en ella? ¿Por qué no se podía recoger dentro de sí misma para "saborear lo bueno que es el Señor" y reposar en la contemplación de la Trinidad que operaba por medio de ella la salvación del mundo?"*. (Peter Hans KOLBENBACH, S. J. en **Vida consagrada**, 15 de mayo de 1987, p. 132).

¡Pues no! Salió *"de prisa"* (Lc. 1, 39) *"La gracia de que está llena la impulsa fuera de sí misma, fuera de su vida de todos los días, la lleva a tomar el camino de la montaña y a hacerse, en nombre del Señor, "una mujer para los demás"... Su prisa por salir de sí misma y a dejar lo que la rodea y la alegría que estalla en su encuentro con Isabel, son el acompañamiento natural del viaje, el éxodo al que siempre conduce el amor que viene de lo alto. Aquél que está poseído por el amor de Dios se siente movido a encarnarlo, aquí y ahora"*. (Peter Hans KOLVENBACH, S. J. ídem, p. 132).

Cuando el Espíritu se posesiona de una persona la convierte enseguida en misionera. Esto les ocurrió a los Apóstoles, arrastrados por El fuera del Cenáculo para predicar la Buena Nueva; esto le ocurrió a Pablo, llevado después de su conversión cada vez más lejos por el Espíritu, fuera de Asia hacia Europa: *"Pues ¡ay de mí si no*

evangelizare! (1 Cor. 9, 16). Así le ocurrió a Jesús (*Lu. 4, 17-20*) y esto también le ocurrió a María: "*A la sombra del Espíritu*", salió "*de prisa*": la Caridad la impulsaba.

Su palabra, bajo el sople del Espíritu realiza maravillas, incluso sin que se dé cuenta. Su presencia es fuente de gracia para el que la recibe y la escucha, aunque sea de manera muy discreta ¿Cómo se va a impedir que el fuego caliente y quememe?

"*El celo de la Casa de Dios me devora*", dirá más tarde Jesús. "*Me devora*"; en los dos sentidos del término: me anima y me agota, me atormenta y me corroe, me inflama y me consume.

A María la ocurrirá una cosa parecida. Ya el amor la apremia; al cabo de treinta años la consumirá en el dolor.

El apóstol no se reserva, es materia entera para el holocausto. Hace a Dios el don total de sí mismo.

Como portador de la Palabra fecundada por el Espíritu, presta su voz a Jesús y la Palabra construye el Reino. Pero es preciso que haya unión entre el misionero y la Palabra.

Para todo catequista, por consiguiente para todo Hermano, aquí hay algo que interpela, incluso que confunde. La condición para la eficacia de la palabra es la unión de Jesús con el que la lleva. No deben formar más que uno sólo.

Necesariamente hemos de suscribir la recomendación que nos hace nuestra **Regla de Vida**: "*Los Hermanos, llamados a trabajar en el crecimiento de la vida divina en las almas, recurren a María en su labor de evangelización*" (D. 118). Ella conoce su secreto. Enseguida comprendió que las gracias recibidas deben ser participadas, que el gozo de la salvación debe ser comunicado.

Los Superiores mayores viven diariamente este misterio de la Visitación. Impulsados por el Espíritu, llevan a sus Hermanos la Palabra de Dios que han alimentado y madurado durante mucho tiempo en su corazón. Los frutos que origina los confirma en su misión. Por lo menos así debiera ser...

"Se da cuenta del apuro de los esposos de Caná"

Caná es uno de los dos lugares en los que el evangelio de Juan menciona la presencia de María, de acuerdo con el procedimiento semítico de inclusión, que invita a acercarlos para una iluminación recíproca. Nos hallamos en los comienzos de la vida pública de Jesús, un momento altamente característico en la problemática joánica.

María participa en una boda a la que ha sido invitada. Se encuentra allí entre la gente de la fiesta. Lo observa todo como una buena ama de casa, *"sensible al momento humano de la existencia, atenta a las situaciones concretas, a las personas y a las cosas"*. (Cardenal Martini, **La Mujer de la Reconciliación**, p. 12). Ve lo que otros no ven, oye lo que otros no oyen, se da cuenta de necesidades de las que incluso no se da cuenta el maestresala, ni los jóvenes esposos embargados en su alegría. Ella actúa discretamente, más que nunca *"anaw"*, pobre, impotente, desprovista pero confiada. Y su actuación obtiene resultados de un alcance insospechado: el agua se cambia en vino y la duda de los discípulos se transforma en fe.

"Por su intercesión se hace solidaria de toda la sed de la humanidad y se la presenta a Jesús. "No tienen vino". Y Jesús no se engaña: ¿"tí emói kái sói? ¿Qué nos va a ti y a mí? - Mujer, ¿te das cuenta de lo que dices? - No tienen vino... pero mi Hora no ha llegado". Parece que María toma a Jesús por la mano en cierta manera para enseñar-

le el camino de las bodas del Cordero en la Cruz, de donde brotará el vino de las bodas eternas". (Tychico 56, p. 32).

La respuesta de Jesús constituye para María una discreta invitación a ir más allá de su papel de madre carnal, por grande que sea, para ponerse al servicio de la misión del Mesías Salvador de Todos, al servicio de los signos y de la Hora. María asiente enseguida. Las palabras que dirige a los sirvientes recuerdan *"la fórmula utilizada por el pueblo de Israel para ratificar la Alianza del Sinai"* (ef. Ex. 19, 8; 24, 3 y 7; Dt. 5, 27) o *para ratificar los compromisos* (ef. Jos. 24, 24; Esd. 10, 12; Ne. 5, 12) y *concuerdan maravillosamente con las del Padre en la teofanía del Tabor: "Escuchadle"* (Mt. 17, 5) - [Pablo VI, *Marialis Cultus*, nº 57].

La *"mujer"*, María, personifica así a todo el pueblo mesiánico que entra en la alianza nueva, llevando consigo a los servidores. Anticipa el encuentro del Esposo y de la Iglesia para las bodas eternas que tendrán lugar en el Calvario. Aquí, su intervención permite recibir el primero de los signos de Jesús.

Si Caná es el signo tipo de todos los demás signos, la vida y la misión de Jesús son los que van a necesitar la *"mujer"* para que el pueblo entre en la nueva alianza. En adelante, ese será su papel: orientar a los hombres hacia Jesús y disponerlos para una entera docilidad a su palabra. Esto indica la importancia de María en la vida de un Hermano.

El apóstol, el misionero, también tiene antenas para captar las miserias: miserias físicas, morales, espirituales, intelectuales o sociales. Juan María de la Mennais y Gabriel Deshayes fueron buenos ejemplos de ello en su tiempo.

Y nosotros, ¿oímos las angustias de nuestros alumnos?

Nos claman a gritos su sed de afecto, su sed de vivir, su sed de Dios. ¿Tenemos oídos para oír y ojos para ver? O bien, ¿somos ciegos y sordos? Sus llamadas y sus gestos de desesperanza ¿nos conmueven el corazón, o bien nos dejan fríos e indiferentes?

Bajo necesidades apremiantes, el apóstol adivina otras necesidades más apremiantes aún. Bajo las apariencias ve la realidad.

¿De qué necesidades, de qué vino se trata, en efecto? ¿Del fruto de la vid o del fruto del lagar de la cruz? ¿Del vino que apaga la sed por algún tiempo o del vino que da la vida eterna?

Y si vemos y oímos, ¿qué hacemos? ¿Hacia quién orientamos a nuestros alumnos? ¿Hacia el que aplaca toda sed o *"hacia cisternas agrietadas que no retienen el agua"*? (Jer. 2, 13). Y si no podemos hacer nada, desprovistos e impotentes, como María, ¿implicamos en ello a otros, más poderosos y eficaces, capaces de responder mejor a las necesidades que hemos percibido?

Que María nos abra los ojos y los oídos y sobre todo el corazón. Y eso en todas las edades. Hagamos pasar por ella nuestras peticiones y ella sabrá proporcionar las palabras que conmuevan el corazón de su Hijo. No hay nadie más *"hábil que ella para hablar a Dios de Dios, para pensar nuestro pensamiento, para hablar a nuestra alma, para orar nuestra oración, para desear nuestro deseo, para clamar nuestro clamor, para sufrir con nuestro sufrimiento"*. (Paul Claudel, *La Rose et le Rosaire*, p. 92).

Caná muestra una caridad atenta a las necesidades de los demás, sobre todo de los más pobres; expresa la alegría de un corazón abierto al proyecto de Dios; es una visión de fe sobre la naturaleza y la misión de Jesús.

María es la mujer que por su acción favorece la fe en Cristo, en la comunidad apostólica.

Es toda una lección para los religiosos apóstoles.

"María, testigo fiel al pie de la cruz" Fijémonos en estas tres palabras:

- testigo: es decir, mártir.
- fiel: firme en la fe.
- al pie de la cruz: en la Hora del gran desamparo.

"María permaneció en la sombra toda su vida. Cuando llegó la hora de la humillación, salió de ella y se puso en primer plano, digna y silenciosa". (Larrañaga, *El silencio de María*, p. 195). Demuestra su amor y su fidelidad cuando los demás huyen o abandonan, cuando los sumos sacerdotes se burlan y saborean su victoria, cuando los soldados romanos ostentan su desprecio, cuando incluso Dios mismo parece abandonar al Hijo que le había dado ella. María es la mujer fuerte, en quien se concentran en esta tarde del Viernes Santo la fe, la esperanza y la caridad de la Iglesia, la Esposa que el Esposo conquista en ese mismo momento.

María, tan cercana como le es posible del servidor doliente, nos invita a permanecer también nosotros muy cerca del cuerpo doliente de Cristo, de los miembros de ese Cuerpo que no goza de ninguna consideración. Nos llama para ser los testigos de la ternura de Dios para con los más abandonados, con el fin de que recobren la esperanza, que sepan que el amor es más fuerte que el odio, y la dicha más segura que las lágrimas.

María, compasiva con Jesús despreciado, rechazado y torturado, es el modelo del apóstol que ha oído el grito de los pobres, de los desheredados, de los perseguidos, que

vive la pasión de ellos en su propia carne y en su corazón: una espada le atraviesa. Reconoce a Jesús en todos los abandonados, marginados o que no son amados.

Como María, el Hermano vuelve su mirada y su corazón, sobre todo hacia aquéllos a quienes la sociedad rechaza, en particular hacia los jóvenes desamparados, restos abandonados de un naufragio, afligidos hasta en su carne o atormentados en su corazón por experiencias afectivas no superadas.

Como María, por lo menos ama, si, como ocurre a menudo, no se siente capaz de hacer otra cosa. Porque, ¿ellos necesitan de alguien? Ya no creen en los adultos, cuyas palabras quedan desmentidas por sus actos. Han vivido desafortunadas experiencias que les ha producido el desprecio de sí mismos o han deambulado por paraísos artificiales que los han producido disgusto por la realidad. Han quedado desfigurados interiormente, cubiertos de barro, de salivazos, de sudor y de sangre. Para ellos, una mirada compasiva tiene más valor que una palabra de escriba...

* * *

Este cuadro, que constituye una de las cimas del cuarto evangelio, está relacionado con Caná por su vocabulario: "*Mujer*", "*Hora*", y sobre todo por su espíritu: Cristo celebra sus místicas bodas con la humanidad dándole a beber el vino de su sangre que la purifica y el agua de su Espíritu que la vivifica.

Está también en relación por las dos escenas que lo enmarcan en el texto evangélico:

- la túnica sin costura (*Jn. 23, 24*), símbolo del pueblo mesiánico sin división, que recupera su unidad gracias a la unión entre la madre de Jesús y el discípulo amado; y

la muerte de Jesús (Jn. 19, 28-30), en que el *"Todo está cumplido"*, alcanza la cima del amor. Confiar el discípulo a su madre y su madre "al discípulo amado" culmina la obra de la Redención y expresa el amor supremo de Jesús a los suyos.

Teniendo en cuenta todos estos elementos, tratemos de comprender el significado de esta escena tan importante para fundamentar sólidamente una devoción mariana.

¿Por qué Jesús llamó *"Mujer"* a su madre? ¿Qué *"Mujer"* es ésta de que habla? Se trata de Sión (de la *"Mujer-Sión"*, de la *"Madre-Sión"*, de la *"Hija-Sión"*, del *"Monte-Sión"*, incluso a veces del *"Templo"* y de *"Jerusalén"*, expresiones todas ellas sinónimas), a menudo presentada en el Antiguo Testamento como una mujer, o como una madre que llama y recoge a sus hijos en casa. En esta *"casa"* es en donde todos se reúnen y forman el nuevo pueblo de Dios. En la perspectiva mesiánica de la tradición profética, todos los miembros del nuevo pueblo de Dios nacen en Sión y son sus hijos: *"Y de Sión se dirá: 'Uno por uno, todos han nacido en ella'"* (Ps. 87, 5). Por lo tanto, la función de la *"Mujer-Sión"* es esencialmente materna.

Aquí, María, llamada por Jesús *"Mujer"*, es la personificación de la *"Madre-Sión"* de la que nace el pueblo escatológico de Dios, representado por el *"discípulo a quien Jesús amaba"*, llamado *"Hijo"*. Jesús revela a la *"Mujer"* su papel de *"Madre"* para con el *"discípulo amado"*, y que se hace *"Hijo"* de la *"Mujer"*.

El *"discípulo amado"* representa a todos los que creen en Cristo, en cuanto *"discípulos"*, es decir en cuanto personas que escuchan la voz de Jesús y llegan a ser *"un solo rebaño y un solo pastor"* (Jn. 10, 16). Constituye el tipo de todo discípulo que es amado por Jesús por motivo de su fe.

Así María, "la Madre de Jesús", llamada "Mujer" por Jesús, tiene como hijo al "discípulo a quien Jesús amaba": "Mujer, ahí tienes a tu hijo". Y el "discípulo a quien Jesús amaba" se hace "hijo" de esta "mujer": "ahí tienes a tu madre". Entre esta "mujer" y este "discípulo" existe una relación maternal: la "Mujer" es la "madre" del "discípulo" de Jesús; entre este "discípulo" y esta "mujer" existe una relación filial: el "discípulo" de Jesús es "hijo" de la "Mujer", madre de Jesús.

Desde la cruz, Jesús revela, pues, a María una maternidad que ella ignora: es la madre del discípulo que está allí al pie de la cruz, de todo discípulo de Jesús.

Al mismo tiempo, revela al "discípulo a quien ama", es decir, a todo discípulo, una filiación que ignoraba: es hijo de María. Todo discípulo de Jesús tiene a María por Madre; como él, Jesús, tiene a María por madre, todo discípulo es hijo de María. Según el mismo Jesús, María da a luz al pie de la cruz al pueblo de los creyentes, al nuevo Israel, a la nueva Jerusalén, al pueblo escatológico, a la Iglesia.

Ella es la madre del nuevo pueblo que ha merecido por su Pasión, el pueblo de los discípulos.

¿Cuál es la naturaleza de esta maternidad —y de esta filiación— revelada aquí como un hecho?

Para responder a esta cuestión, hay que armonizar el hecho de la maternidad de María con otros dos elementos de la síntesis de Juan:

- El Espíritu es el agente principal de regeneración de los hijos de Dios (3, 5).
- La unidad de la Iglesia se construye en Cristo, por obediencia a su Palabra, con la fuerza del Espíritu (10, 16; 12, 22; 14, 26; 13, 14).

Por lo tanto, se trata de una maternidad –y de una filiación– espiritual, que tiene su realidad en el sacrificio de Cristo. Al hacer de nosotros, por su muerte, hijos de Dios, Jesús nos convierte en hermanos suyos, que en adelante tendrán por Padre a su propio Padre y por madre a su propia Madre.

Pero esta maternidad no se revela y no es eficaz más que en la unión de María con la ofrenda de su Hijo. Y cuando Jesús ve a María fiel al pie de la cruz, entonces le revela su nueva vocación y su nueva misión: ser la madre de todos los discípulos: *"Mujer, ahí tienes a tu hijo"*. En el acto mismo de su compasión invita a María a tomar conciencia de ello. En ese momento, su maternidad espiritual pasa al acto.

La compasión de María en el sufrimiento de Jesús no es, en efecto, solamente contemplativa. O más bien lo es, pero en el sentido original de la palabra, que implica, no una pasividad, sino una entrada voluntaria y activa en el sufrimiento del otro. María se une a Jesús en su desamparo. Se hace dolor con él, rechazada también ella. Se estremece hasta lo más hondo de sus entrañas. *"Su corazón inmaculado, abierto por la palabra: "Mujer, ahí tienes a tu hijo", se une espiritualmente al corazón de su Hijo abierto por la lanza del soldado"*. (Juan Pablo II en Fátima, 13 de Mayo de 1982. Dc, nº 1831, p. 541). Ha sido abierto por el mismo amor de Cristo al hombre y al mundo, de que se encuentra lleno, por el hecho mismo, el corazón de María.

Pronto van a correr sobre ella el agua y la sangre que brotan del corazón de Jesús. El Espíritu va a fecundar de nuevo su seno: va a nacer la Iglesia. En su nueva Anunciación, va a dar a luz al Padre de nuevos hijos, hermanos del Primogénito. El don de su Madre es el don final de Jesús a la humanidad, como fruto de su sacrificio.

Entonces, *"todo estará cumplido"*. Pero, *"al dar a esta maternidad una forma individual, Jesús manifiesta la voluntad de hacer de María, no solamente la madre del conjunto de sus discípulos, sino de cada uno de ellos en particular, como si se tratase de su solo hijo que ocupa el lugar de su Hijo único"*. (Juan Pablo II, **Santa María**, Centurión, pp. 218-219).

Para el discípulo, esta maternidad de María y la filiación que se deriva de ella, entrañan unas consecuencias que nos da a conocer el último versículo de la escena. ¿Cómo ha ejecutado, en efecto, el "discípulo" la voluntad de Jesús? El final del versículo 27 nos lo dice, si lo sabemos entender bien. Según un buen número de exégetas modernos (Serra, de la Potterie, Laurentin), habría que traducir el versículo 27-b, no por: *"a partir de aquel momento, el discípulo la recibió en su casa"*, sino por: *"a partir de aquella hora el discípulo la llevó consigo"*, o *"en su intimidad"*. Con ello no se expresaría tanto una realidad material, -Juan lleva a María a su casa-, como una actitud espiritual, una disposición interior que instaaura una nueva relación entre María y el discípulo: una relación maternal de María con el discípulo y una relación filial del discípulo con María, relación mutua de ternura, de atención, de apertura de corazón, de confianza absoluta, como existe solamente entre madre e hijo.

Jesús, revelador del Padre, propone al *"discípulo a quien ama"* entrar en la nueva Alianza que acaba de instaurar por su sacrificio. El discípulo comprende el sentido de este último acto mesiánico. Reconociendo la iniciativa de Jesús que le dice: *"He ahí a tu madre"*, se abre al don que se le hace y, a partir de aquella hora acoge como a su propia madre a la que hasta entonces era la madre de Jesús. Responde "sí" a su última voluntad. Este consentimiento permite a Jesús derramar su Espíritu, el

Don de la nueva Alianza: *"e inclinando la cabeza entregó su Espíritu"* (Jn. 19, 30).

Ser discípulo de Jesús implicará en adelante recibir a María como a su madre, reconocerse como hijo de María, como nacido espiritualmente de ella.

No es pues indiferente el que un religioso *"reciba a María"*, que *"reciba a María en su intimidad"*, que la tenga una profunda devoción.

Con ello se muestra como *"discípulo"* de Jesús; se hace *"el discípulo a quien Jesús ama"*. A la inversa, un religioso que no tiene para con María ninguna devoción especial, que no *"la recibe en su intimidad"*, que no *"la recibe en su casa"*, da a entender que no se considera *"discípulo"* de Jesús. Rehusar ser hijo de María es rehusar ser discípulo de Jesús.

Todo *"discípulo"* nace de María. Esto fundamenta la devoción que cada uno de nosotros debe tener hacia ella.

El primer movimiento de esta devoción es el amor. Amor innato, *"infantil"*, que no debiera tener necesidad de justificarse y que debiera ejercerse con espontaneidad y sencillez, una sencillez de corazón de la que no se sienta vergüenza ni reserva sino mucha ternura. Como la que sentía Juan María de la Mennais: *"Madre de mi Dios, es, pues, cierto que tú eres también madre mía. ¡Ah! puesto que es así, me acercaré a ti con confianza; me mostraré ante ti tal como soy, débil, miserable y pecador, merecedor por estos títulos de toda la piedad de tu corazón materno; diré a mi Madre: ¡Oh Madre!, aquí tienes a tu hijo; no apartes de él tu mirada..."* (Antología..., p. 160).

Es un amor que abre la inteligencia al misterio de María y de Jesús, y que no hará más que ir en aumento, como le ocurrió al discípulo presente junto a la cruz. En

aquel mismo momento, le fue concedido por gracia una inteligencia acerca de María muy superior a la que con dificultad alcanzamos nosotros veinte siglos más tarde. El la fue profundizando aún todo el resto de su vida. Por ella fue penetrando en el misterio de Jesús hasta alcanzar lo que el cuarto evangelio nos permite adivinar.

Todo religioso descubre una vez más en el misterio de la compasión de María al pie de la cruz, la fecundidad espiritual de su voto de castidad. Como María, se hace pobre con los pobres, incomprendido con los incomprendidos, analfabeto con los analfabetos, en el sentido de que se pone a su nivel al consagrarles su vida. Por eso, lo que le ocurre a María también le ocurre a él: al participar en la Pasión de Jesús da a luz a los hijos de Dios; lo mismo que el Hermano, al participar en la pasión de los abandonados, engendra espiritualmente. Pero que no piense que puede fructificar sin pasar por el sufrimiento y la muerte: *"Si el grano de trigo que cae en tierra, no muere, queda solo, pero si muere produce mucho fruto"*. (Jn. 12, 24).

Todo religioso debiera llegar hasta el final en su amor a María, puesto que como ella, ha elegido permanecer virgen sacrificando su fecundidad física para poder participar con ella en la fecundidad espiritual del sacrificio de Cristo.

El Calvario, como la Anunciación, manifiesta la fecundidad del amor virgen. La Maternidad virginal de María se abre en él a una maternidad universal; en efecto, un amor virgen no puede ser sino un amor para todos.

En cuanto a nosotros, el voto de virginidad nos une a Jesús, que abre nuestros corazones a todos los hombres. Nos conduce a llevar la cruz para morir en ella con él. Nos permite vivir con él un misterio nupcial y dar a luz una multitud de hijos que solamente conoceremos en la gloria.

Al pie de la Cruz, María, "la madre de Jesús", se hace "madre" de los que por su fe se hacen uno con Jesús: sus discípulos. En ella comienza la Iglesia de Jesús. Ella es verdaderamente "la Madre de la Iglesia".

Al mismo tiempo, y desde otro punto de vista, es también imagen de la Iglesia, puesto que ésta, al igual que María, da a luz a los cristianos a la fe. La Iglesia santa, virgen y madre, se reconoce en la figura de María, santa, virgen y madre.

Es centro de unidad, en torno al cual se reúne la Iglesia esperando al Espíritu En el Cenáculo, "María lleva la nueva maternidad, que es su parte, recibida al pie de la Cruz". (Juan Pablo II, 22 de mayo de 1988).

María está en el corazón del pueblo de Dios que permanece en oración. La que ha dado a luz a Jesús, se prepara para el alumbramiento de la Iglesia, Cuerpo de Cristo, en la esperanza de la venida del Espíritu Santo. Es Madre de la Cabeza y es igualmente Madre del Cuerpo. No existen dos maternidades de María, una divina y otra eclesial, sino una sola por la que María es Madre del Cristo total, Cabeza y miembros.

Desempeña ya en la Iglesia el papel que en adelante será el suyo: el papel de una presencia orante, que llama al Espíritu para que se extienda la fe. Es el papel oscuro de la madre, que conserva la unidad de la familia, la unidad de la Iglesia en torno a los Doce, y que invoca el Espíritu, un Espíritu que es misionero en su esencia, el Enviado del Hijo, como el Hijo era el Enviado del Padre, el misionero del Padre.

Vemos a los apóstoles salir del Cenáculo y predicar con audacia la Buena Nueva. El Espíritu los conduce hasta

las extremidades de la tierra y la Iglesia irrumpe desde los cuatro puntos cardinales, una Iglesia que es una y colegial al estar cada uno de los Doce en comunión con Pedro, el primero de entre ellos.

Fijémonos en dos puntos:

- toda evangelización tiene su principio en una **oración** asidua, paciente, perseverante, en el Cenáculo, con María;
- la misión exige la presencia **del Espíritu**, que es Caridad: caridad para con todos y caridad en todo, porque no hay ninguna miseria que no espere el Amor.

El religioso es hombre de la Iglesia y hombre del Espíritu. Hay una vocación misionera de comunión. El religioso laical, consagrado totalmente al servicio de Dios igual que el sacerdote y comprometido en una tarea temporal como el seglar, desempeña un papel mediador entre la jerarquía y los fieles. Por lo tanto, es un factor de unidad, constructor de paz, creador de lazos y si llega el caso reparador de rupturas.

La Anunciación y Pentecostés están muy próximas. En la Anunciación, el Espíritu opera la concepción del Hijo de Dios; en Pentecostés, el Espíritu hace nacer al pueblo de Dios. En la Anunciación, el Hijo de Dios se hace carne a fin de que nosotros podamos recibir el Espíritu Santo; en Pentecostés, el Espíritu desciende para que el hombre se forme a imagen del Hijo de Dios. Cada uno de nosotros, en el Espíritu y por María, ha sido llamado, en la dinámica de Pentecostés a ser cada vez más filializado, es decir, ser cada vez más hijo en el Hijo.

* * *

Al finalizar esta meditación sobre la misión, observe-

mos que María está siempre presente en los comienzos: en la Anunciación, en la Visitación, en Caná, en el Calvario y en el Cenáculo. Ella es la virgen de las génesis. En nuestra vida apostólica será bueno recordarlo y colocarla en el principio de nuestras empresas. Ella invocará al Espíritu sobre ellas, el cual las fecundará, las desarrollará y las propagará.

4) *María, modelo de educadores*

Voy a añadir un rasgo más del que no habla expresamente la Congregación para los Institutos de Vida consagrada y Sociedades de Vida apostólica. Esta se dirige, en efecto, a todos los religiosos dedicados al apostolado, con independencia de cuál sea su carisma propio. Pero este rasgo tiene una relación directa con nuestra misión educadora, por lo cual es importante que nos detengamos en él.

María, educadora de Jesús

No solamente María ha dado el ser a Jesús sino que también lo ha educado. Nos gustaría saber cómo lo formó en la oración y en la lectura de las Sagradas Escrituras, cómo le enseñó a celebrar las fiestas judías, a ir al templo y a la sinagoga, cómo le inculcó ese espíritu de observación, ese amor a los seres y a las cosas que se manifiestan en sus parábolas, cómo le transmitió la soltura, la delicadeza, las exquisitas cualidades de relación que le vemos desplegar con las personas.

Presentimos que Jesús debe mucho a su madre. Su bondad para con los que sufren o que están en algún apuro, ¿no fue la actitud de María en Caná? Y cuando dijo a sus apóstoles: *"Vosotros no os dejéis llamar maestros, porque uno solo es vuestro Maestro y todos vosotros sois*

hermanos" (Mt. 23, 8), ¿no lo aprendería de aquélla que, siendo aún joven mamá, se puso en camino para ayudar a su prima de edad y embarazada? ¿Nos extraña oír las Bienaventuranzas en la boca de Jesús, una vez que hemos oído el Magnificat en los labios de María?

No se trata de que queramos hacer de Jesús un discípulo de María. Lo cierto es a la inversa. Pero todas las madres influyen sobre sus hijos. Y si Jesús es un rey que reina por la dulzura y la humildad, un profeta que derriba a los poderosos de sus tronos y colma de bienes a los hambrientos, un sacerdote que lava los pies a sus discípulos; y si, en esa triple función, rompe de tal manera los esquemas de su tiempo, ¿no será en parte porque lo aprendió en la escuela de María? Ella le mostró y le enseñó que reinar es servir, que anunciar la palabra es decir a los pobres y a los humildes que el Reino de Dios les pertenece, que consagrar es ofrecerse más aún que ofrecer.

Durante treinta años de vida oculta, Jesús y María vivieron en simbiosis de espíritu y de corazón. Nosotros sabemos bien que entre nuestros alumnos y nosotros existe una influencia recíproca, que ellos nos enseñan mucho y que nosotros les enseñamos mucho más a ellos. Con mayor motivo tuvo que ocurrir así entre Jesús y María.

El Evangelio nos dice poca cosa acerca de esta educación y de él no podemos sacar métodos prácticos o normas pedagógicas. Sin embargo, si se juzga la educación por la excelencia de los resultados, acaso podamos deducir actitudes interiores de orden espiritual que puedan inspirarnos. No se trata de calcar materialmente la acción educadora de María, sino más bien de permitir que nos ilumine en nuestro interior y de que consideremos nuestra vocación como una prolongación de la suya.

La actitud de María para con su hijo, se revela por una parte en la escena de su hallazgo en el templo y por otra a lo largo de la vida pública de Jesús.

En la primera, Jesús tiene doce años. En Israel era la edad de la adolescencia en la que el joven israelita comenzaba a emanciparse de su familia. Participaba en la oración de la sinagoga de su pueblo y en las ceremonias del templo de Jerusalén con ocasión de las fiestas litúrgicas anuales. Ahora bien, durante la peregrinación pascual, Jesús se sustrae en la vigilancia de sus padres. Su sobresalto nos demuestra que no era ésta la manera de actuar de Jesús, el cual no solía salir apenas del círculo de la familia. Cuando le vuelven a hallar, no pueden evitar hacerle un reproche, que nos parece del todo natural y justificado. Jesús se disculpa con unas palabras que no llegan a comprender, y sin más, todos regresan a Nazaret, en donde *"María conservaba fielmente todos estos recuerdos en su corazón"*.

Acaso sea ésta, la actitud fundamental de todo educador: tratar de comprender un comportamiento que parece extraño. Con los adolescentes, a quienes hemos de conducir hacia su autonomía y emancipación, que nos desorientan tan a menudo por sus reacciones, sus opiniones y sus actos, ¿no deberíamos ver aquí una actitud propia para inspirarnos?

No debía de ser María de esas madres demasiado temerosas que no acaban de consolarse al ver a sus hijos crecer. El Evangelio nos la muestra como una madre silenciosamente atenta ante un destino que la empezaba ya a desbordar y ante el cual tuvo el mérito de no resistirse, antes bien fue totalmente respetuosa ante una vocación en la que Dios pareció ocupar todo el espacio. ¿No es la educación una labor de larga paciencia?

Con esta atención llena de respeto frente al misterio que se presentaba ante ella, María nos ofrece el secreto de toda pedagogía: los progresos en nuestros métodos no serán capaces por sí solos de permitirnos franquear el umbral de una actitud tan preciosa y tan rara.

Volvemos a encontrar la misma actitud en los comienzos y durante la vida pública de Jesús: María desaparece, es de una discreción total y deja a Jesús toda su libertad. Se refugia en el silencio y sin duda en la oración. Jesús asume su vida, su misión; María la respeta, incluso en las horas más oscuras, aquéllas en las que una madre estaría más tentada de intervenir para mitigar los sufrimientos de su hijo.

El educador debe comprender que incluso las experiencias más duras son escuela de maduración y horas de crecimiento para sus alumnos.

María, educadora de la Iglesia

Junto a la cruz, comienza para María una nueva misión educadora para con Juan, con los Apóstoles, con la Iglesia naciente, con la Iglesia de todos los tiempos. Lo manifiesta desde el Cenáculo, en donde, como en Caná y como en el Calvario, *"María la madre de Jesús"* está allí (Hch. 1, 14) y continúa hasta su Asunción. Ella no enseña, no profetiza, no gobierna; ella ora, medita, *"guarda en su corazón"* los misterios que ha vivido. Solamente María conoce los misterios de la infancia de Jesús y de la vida pública en que ha participado más de cerca, como Caná y el Calvario. Ahora los ve a la luz del Espíritu de Pentecostés, se los desvela a Lucas y a Juan, y descifra su sentido para ellos y para la Iglesia. Así precede y educa el testimonio apostólico de la Iglesia.

En particular, María educa la fe de la Iglesia y señala

su fuente: la Palabra de Dios, y la manera de alimentarse con ella. Según el Cardenal Newman, es la primera teóloga y el modelo mismo de la verdadera actividad teológica. *"María no cree que sea bastante el acoger la Revelación divina: la medita; ni bastante el poseerla: se impregna de ella; ni bastante darla su asentimiento: la desarrolla; ni bastante someter a ella la razón: discurre sobre ella; y ciertamente, no razonando primero, sino creyendo en primer lugar sin razonar, por amor y por reverencia y luego razonando después de haber creído"*. Por eso, añade Newman, María es para nosotros *"el símbolo, no solamente de la fe de los sencillos, sino también la de los doctores de la Iglesia, quienes deben escrutar y pensar y definir y al mismo tiempo profesar el Evangelio, trazar los límites entre la verdad y la herejía, prever o reparar las diversas aberraciones de una razón falseada, combatir el error y la temeridad con sus propias armas y así triunfar de los sofistas y de los innovadores"*. (Citado por *Nouvelle Revue théologique*, julio-agosto, 1985, p. 502).

La Iglesia aprende mucho de María. La Anunciación le muestra cómo adherirse sin reticencia a la voluntad de Dios y con qué disponibilidad ha de consagrarse al servicio de la Palabra.

El nacimiento en Belén le enseña la pobreza, la acogida incondicional a los pequeños y a los grandes, a los ricos y a los pobres, a los sabios y a los ignorantes, en una palabra es la universalidad de la salvación.

La huida a Egipto, la presentación y el hallazgo de Jesús en el templo, la impulsan al despojo, al sufrimiento, a la fidelidad en la prueba. La vida en Nazaret, al servicio y al amor en la humildad de lo cotidiano.

Estas son algunas de las escenas que para la Iglesia

constituyen fuentes inagotables de enseñanzas. Contemplando en ellas a María, se reconoce a sí misma. Las actitudes y los actos de la madre de Dios son educativos para su fe. Al propio tiempo, al conservarlos en su corazón, *"saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo"*. (Mt. 13, 52).

Incluso cuando se desencadenan las fuerzas del mal, María permanece fiel a su Señor. La Iglesia del silencio, por adelantado, prueba su fidelidad indefectible a Jesús de manera más elocuente que todas las proclamaciones de fe. Por su tenaz perseverancia en la prueba, María educa a la Iglesia en la esperanza y en el amor: en una esperanza que aumenta tanto más cuanto que las razones de esperar disminuyen, y en un amor que une tanto más al Señor cuanto más abandonado queda de todos.

Al mirar a María, la Iglesia aprende a ser **virgen y madre**. A ser virgen, es decir exclusivamente unida a su Señor, sin prostituirse a falsos ídolos o ideologías, y por lo tanto, *"a conservar, por la virtud del Espíritu Santo, en su pureza virginal, una fe íntegra, una firme esperanza y una caridad sincera"*. (LG. n.º 64). Aprende a ser madre, es decir, a *"engendrar por la predicación y el bautismo a una vida nueva e inmortal, hijos concebidos por el Espíritu Santo y nacidos de Dios"*. (LG. n.º 64).

Pero la Iglesia comprende que no podrá ser virgen y madre más que al pie de la cruz, es decir, participando en el despojo y en los sufrimientos de Jesús, en su pobreza y en su obediencia a la voluntad del Padre. Cuando olvida esto, la historia muestra que traiciona a su Señor. De ahí viene la humilde constatación del Vaticano II: *"la Iglesia es a la vez santa y llamada a purificarse"*. (LG. 8).

María sigue siendo hoy *"Mater et Magistra"* para la Iglesia y para **todos los cristianos**. Cada uno, si quiere, puede hacer la experiencia de esta acción educadora de

María. Como Juan y como los Apóstoles, puede estudiar en su escuela. Ella le hablará al corazón como sólo una madre lo sabe hacer; ella le revelará y le hará saborear muchos aspectos ocultos del misterio de Jesús. *"Todo creyente que camine por la experiencia espiritual se beneficia de la maternidad de María, incluso si no siempre se da suficiente cuenta de ello. Esta acción de María no obstaculiza ni la iniciativa del Padre, ni la acción del Espíritu en el fondo de los corazones. Cuanto más consciente y confiada es la aceptación de esta acción mariana, más seguro está el creyente de que camina como Dios quiere"*. (Philippe Ferlay, *Abrégé de la Vie Spirituelle*, p. 114).

Añadamos que si María educa a la Iglesia en el creer, esperar y amar, también educa a todos los discípulos en el amor a la Iglesia, como ella hizo con el *"discípulo amado"*, el cual la acogió en su casa, a ella, el icono de la Iglesia.

III

MARÍA, MADRE DE LOS RELIGIOSOS

El escrito de la Congregación de los Institutos religiosos y de las Sociedades de vida consagrada termina ofreciendo otra perspectiva. Declara que María no es solamente modelo de los religiosos, sino que además es también *"la madre de los religiosos"*.

Eso es evidente, está uno tentado de decir, puesto que es madre de todos los creyentes, Madre de la Iglesia.

Incluso lo es por varios títulos:

- En primer lugar, como Madre de Dios, Madre del Primogénito, del que somos hermanos.
- Además, a causa de su cooperación en el misterio redentor de Jesús, y por la palabra que Jesús le dirigió desde lo alto de la cruz en aquella ocasión.
- Y por fin, en virtud de su asistencia permanente a la Iglesia de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo.

Sin embargo, el llamar a María *"madre de los religiosos"*, debe suscitar una precisión suplementaria y tener un sentido específico. El mismo texto lo sugiere: María es madre de los religiosos porque es madre de Jesús, que es el *"Consagrado y Enviado"*.

Como Consagrado y Enviado, Jesús es *El religioso* por excelencia, *"a quien el Padre envió y consagró de manera eminente"*. (cf. Jn. 10, 36)... Jesús vivió su consagración, precisamente como Hijo de Dios: dependió de su Padre, amándole por encima de todo y completamente entregado a su voluntad.

Estos elementos de su vida de hijo son recibidos por todos los cristianos. Sin embargo, a algunos Dios les da, para salvación de todos, el don de seguir a Cristo más de cerca en su pobreza, en su castidad y en su obediencia, a través de una profesión pública de estos tres consejos recibidos por la Iglesia. Esta profesión, hecha para imitar a Cristo, es la señal de una *"consagración particular que se hace arraigar en la del bautismo y la expresa en plenitud"*. (P.C. 5). *"La expresión "en plenitud" exige la intervención de la persona divina del Verbo, más allá de la naturaleza humana que ha asumido, e invita a dar una respuesta semejante a la dada por Jesús: un don de sí mismo a Dios, de la manera que solamente él puede hacer posible, y que sea un testimonio de la santidad y del absoluto de Dios. Tal consagración es un don de Dios: una gracia dada gratuitamente"*. (Elementos esenciales, n.º 6-7).

Jesús es el Ungido por excelencia, anunciado por el segundo Isaías en el primer canto del Siervo de Yavé: *"He aquí a mi siervo a quien protejo, mi elegido, en quien mi alma se complace. He puesto en él mi espíritu..."* (Is. 42, 1). El ángel Gabriel dijo a la Virgen María que *"su hijo sería santo"* (Lc. 1, 35). Y lo fue desde el seno de su madre, *"consagrado y enviado al mundo"* (Jn. 10, 36) por el Padre, como fuente de toda consagración y de toda santificación. Como indica San Lucas, cuarenta días después de su nacimiento, fue *"presentado"* al Señor en el templo, pues no podía ser *"consagrado"* como todos los primogénitos. (Lc. 2, 22-23).

Jesús confirma aquella consagración, al comenzar su vida pública, en la sinagoga de Nazaret, cuando *"se levantó a leer. Le entregaron el libro del profeta Isaías y habiendo desenrollado el volumen, halló el pasaje en el que está escrito: "El Espíritu del Señor está sobre mí,*

porque me ungió... Enrolló el libro, se lo dio al sirviente y se sentó... Y comenzó a decirles : Hoy se está cumpliendo ante vosotros esta Escritura". (Lc. 4, 16-21).

Jesús "realizó" esta consagración en su Pasión por sus apóstoles y "por los que crean en él a través de su palabra". (Jn. 17, 20): "Y por ellos yo me santifico, para que también ellos sean santificados en la verdad". (Jn. 17, 19).

Este es el hijo a quien María dio al mundo: El Ungido, el Santo, el Mesías, el Consagrado, aquél a quien ella acompañó desde su nacimiento hasta el Calvario; consagrada como él, traspasada por la misma espada, participó en su sacrificio y por ello mismo en nuestro nacimiento espiritual.

Es la radicalidad de su consagración a Cristo, El Consagrado, lo que constituye el carácter específico de su relación maternal con los religiosos. Y reciprocamente, la radicalidad de la consagración de los votos es el rasgo específico que asemeja los religiosos más a María, el que los distingue en su relación filial con ella y en su relación fraterna con Jesús. María es la madre del Consagrado y de los consagrados.

Ciertamente, María es la madre de todo cristiano, consagrado a Dios por el bautismo, pero lo es de los religiosos por título especial, a causa de la radicalidad de su consagración religiosa, "consagración particular que se enraíza en la del Bautismo y expresa ésta en plenitud". (P.C. 5).

Al dar a luz a Jesús, el Consagrado y el Enviado del Padre, María también dio a luz al mismo tiempo a todos los que, como él y en él, son consagrados y enviados por el Padre por título especial, quienes aceptan la llamada particular que les dirige a seguir a su Hijo más de cerca.

Es, pues, por título particular por el que los religiosos pueden considerar a María como su madre.

* * *

Concluamos esta primera parte, en la que María se nos presenta como el modelo y la madre de los religiosos.

Una palabra resume su actitud: "¡Fiat!", que expresa la sumisión total a Dios y la aceptación incondicional de su voluntad. Esta palabra pronunciada por María por vez primera en la Anunciación, no fue nunca desmentida. En su vida no hizo más que reafirmarla. Durante su larga peregrinación en la tierra, no tuvo las fluctuaciones en la donación de sí misma como las tenemos nosotros, o los altibajos, o pasos hacia adelante y hacia atrás. Lo mismo que Jesús, el santo servidor, para ella "no hubo más que sí". (2 Co. 1, 19).

Al aceptar totalmente la voluntad de Dios, María recibió el amor de Dios para sí misma y para el mundo, y experimentó "la anchura, la longitud, la altura y la profundidad" del misterio de Dios". (Ef. 3, 18). Entró así en el misterio de Amor, en el misterio del Espíritu, suavidad y fuego, brisa y huracán, y sobre todo gozo y exaltación. ¡Magnificat!

Pero si hay Magnificat, es porque hubo Fiat. Uno y otro son como la cara y la cruz de una moneda, como el anverso y el reverso de una hoja. Hay que vivir el Fiat para poder cantar el Magnificat.

Todos lo hemos experimentado. Cuando nuestra donación a Dios ha sido mayor, es cuando hemos recibido la mayor alegría. Por el contrario, cuando nos hemos vuelto atrás, es cuando hemos sentido remordimientos, malestar o turbación.

La sumisión a Dios es siempre la puerta de la alegría.

Una vida entregada es una vida feliz. ¿Cómo va a haber tristeza en el fondo de nuestro corazón, si nos damos sin partición a Aquél que es la Beatitud? La alegría de "ser *Hermano*" debiera fluir en nosotros como un río. "No hay más que una tristeza y es la de no ser santos" decía León Bloy.

Cuanto más pronunciamos el FIAT, más cantaremos el MAGNIFICAT. Estas dos palabras expresan "en toda su perfección, el don total de la vida religiosa y la alegría de la consagración operada por Dios". (Elementos esenciales, n.º 53).

No nos queda sino vivirlos con la mirada puesta en María.

¿Y cómo? Ya hemos indicado algo en la PRIMERA PARTE. Nos falta verlo de manera más sistemática y más completa en la SEGUNDA PARTE.

SEGUNDA PARTE

CÓMO ACOGER A MARÍA

Después de haber dicho por qué debemos tener una devoción especial a la Virgen María, como cristianos y como religiosos, vamos a ver a continuación cómo expresar esta devoción.

"Hay algo así como tres estadios en la verdadera devoción a la Virgen María: la invocación, la imitación y la intimidad (...). Se comienza por invocar a María porque se siente la necesidad de su ayuda. Luego se la ama cada vez más y se siente la necesidad de asemejarse a ella. Y entonces, se procura imitarla. En efecto, es la más imitable de las santas porque no hizo más que cosas pequeñas; es Dios quien ha hecho las grandes. Para poder imitarla, se siente la necesidad de conocerla mejor, se medita su misterio, se lee lo relativo a ella. Cuanto más se la conoce, más se la ama y más se desea penetrar en su intimidad". (Bernard Martelet, *Marie de Nazareth, celle qui a cru*, pp. 156-157).

Veamos rápidamente cómo, en nuestra vida de Hermanos, ponemos en práctica estas tres etapas y cómo podemos formar en esta devoción a nuestros alumnos, en particular a los jóvenes de nuestras casas de formación.

1) *Rezar a María*

Rezar y celebrar a María La primera etapa es rezar a María. Actualmente está en el cielo, atenta a cada uno de sus hijos y poderosa ante el corazón de su Hijo divino. No dudemos en dirigirnos a ella.

Esta oración reviste las diferentes formas de la oración cristiana, exceptuando la de adoración, que solamente es debida a Dios.

- la de **alabanza**, en honor de lo que María es para Dios y para nosotros.

Alabanza, sobre todo por su maternidad, por su concepción inmaculada y su apertura a la gracia, pero también por su belleza, su humildad, su sencillez, su pureza, en una palabra por todas sus cualidades. Las letanías a María nos ofrecen un buen ejemplo de ello.

- la de **agradecimiento** filial por haber aceptado el plan redentor de Dios y haber participado en él; y por las gracias y favores obtenidos por su intercesión, favores personales o concedidos a otros, a la Congregación, al país, al mundo entero.

- la de **petición** cada vez que sentimos su necesidad. La primera oración a María que ha llegado hasta nosotros, conservada en un papiro del siglo 3.^o, actualmente en el Museo Británico de Londres, es el SUBTUUM. En ella se le pide que nos libre de los peligros. "*La convicción que subyace es que se puede pedir todo a la que es Madre de Dios y que la esperanza que se pone en ella no puede quedar defraudada*". (Jean Galot, p. 1. *L'Observatore Romano* del 29 de diciembre de 1987, edición francesa, p. 1).

Parece ser que el **Subtuum** y el **Acordaos**, atribuido este último a San Bernardo, fueron las oraciones preferi-

das de nuestro Venerable Padre: las cita a menudo en sus sermones. (cf. *Antología*, pp. 158, 162).

Se puede invocar a María bajo una infinidad de advocaciones. La devoción popular se ha complacido ampliamente en ello. Para convencerse no hay más que ir recogiendo las de los santuarios cercanos a nuestro lugar de apostolado, por lo menos en los países de civilización cristiana antigua: Nuestra Señora de Liesse, Nuestra Señora del Cap, Nuestra Señora del Pilar, de Luján,... Y se podrían llenar páginas enteras...

El título preferido por los cristianos desde el Concilio de Efeso (431), es el de Madre de Dios, "*Theotókos*", que da a conocer muy bien el papel de María en el misterio de la Encarnación. (cf. *Redemptoris Mater*, n.º 8-9).

Nos hemos de complacer en rezar a María todos los días, incluso varias veces al día, dichosos por alabarla, por darla gracias y recurrir a ella en todas nuestras necesidades.

Hemos de celebrar también con gusto sus fiestas y, sobre todo "*vivir con ella, en la liturgia, los misterios de su Hijo*". (D. 93). La Iglesia ha distribuido con buen criterio las fiestas marianas a lo largo del calendario litúrgico, para revitalizar continuamente la devoción de los fieles. No hay mes en que no se celebre alguno de los misterios de María, o se recuerde alguna de sus advocaciones. Eso sin hablar de los meses de mayo y de octubre que le han sido enteramente consagrados.

Hay algunas fiestas que nos deben ser queridas de manera especial:

- **el 15 de agosto**, fiesta patronal de la Congregación (C. 5);

- **el 8 de septiembre**, nacimiento del Padre de la Mennais, y de la misma Virgen María;
- **el 8 de diciembre**, día señalado tradicionalmente en la Congregación para hacer y renovar la consagración personal a María;
- **el 2 de febrero**, en que los religiosos están invitados a renovar sus votos, recordando a María cuando presentó a su hijo primogénito al Señor en el templo de Jerusalén;
- **el 25 de marzo**, en el que el sí de María fue el preludio de todos los síes de aquéllos a quienes Dios llama a su servicio.

Pero ninguna fiesta de María debe dejarnos indiferentes. Es una alegría para el corazón de un hijo el festejar a su madre siempre que se le presente la ocasión.

Las maneras de proceder pueden variar. Pero conviene hacerlo siguiendo las directrices de la Iglesia, expresadas en el último Concilio Vaticano II, en el cap. 8.º de la Constitución **Lumen Gentium** y comentadas en las encíclicas marianas. Aconseja la Iglesia que nuestra devoción sea:

- **crisológica**, es decir en dependencia del misterio de Cristo con el cual se relaciona. La misma Virgen María no toleraría que su hijo quedase eclipsado por el culto que se le pudiera rendir a ella.
- **ecuménica** y por lo tanto respetuosa con otras sensibilidades, no dando motivos a críticas legítimas.
- **bíblica**, es decir, apoyada en la Palabra de Dios, que nos revela sus designios sobre María, con discreción y profundidad, con respeto y amor, con reserva y admiración.

"No se puede esperar ninguna nueva revelación pública antes de la manifestación gloriosa del Señor". (Dei Verbum, n.º 4). *"La Iglesia aprecia y juzga las revelaciones privadas según estén de acuerdo con esta única revelación pública".* (Juan Pablo II, en Fátima, el 13 de mayo de 1982). Por lo tanto, no tienen ni el mismo valor ni el mismo peso que la Revelación que Dios nos ha hecho en las Sdas. Escrituras. No es obligatorio concederles credibilidad, ni incluso a las apariciones reconocidas oficialmente por la Iglesia, como las de Guadalupe, Lourdes o Fátima, y con mayor motivo si se trata de otras.

Saldríamos ganando si fundáramos nuestra devoción mariana sobre las bases sólidas de la Sda. Escritura y la Tradición, más bien que alimentándola con escritos ciertamente más flúidos y elegantes, pero humanos, que alimentan menos y que no pueden competir con la autoridad y la profundidad de la Palabra de Dios. Y si la Iglesia ha hablado, demos por terminado el asunto.

"La búsqueda de sensacionalismos en materia de doctrina o de piedad, así como la admiración excesiva a las apariciones o revelaciones privadas, encierra el peligro de hacer olvidar que la vida cristiana se alimenta en primer lugar en el Evangelio y se vive guiada por los pastores que Cristo ha dado a su Iglesia. Las apariciones y revelaciones reconocidas por la Iglesia vienen simplemente a apoyar el mensaje del Evangelio: conversión, penitencia, oración". (Mensaje del Comité episcopal de Teología de Quebec, 1985).

* * *

El Rosario Constituye una oración a María que nos es recomendada por la Regla de manera apremiante (C 44). Hemos conocido y conocemos a Her-

manos que han hecho de ella su oración favorita. Viven con el rosario en la mano y pasan sus cuentas casi día y noche, sea ostensible o disimuladamente, ya en el bolsillo o alrededor del dedo según los modelos que se usan actualmente.

Es la oración de los sencillos y de los sabios, de los pobres y de los ricos, de los afligidos y de los que viven encantados. Porque todos los hombres tienen necesidad de una madre, de una esposa, o de una mujer.

Son posibles muchos métodos para rezar el rosario: unos conjugan las Ave Marías con las invocaciones de las letanías a la Santísima Virgen. Otros hacen el recorrido de los santuarios dedicados a María por el mundo. Un Hermano me escribe y dice: *"Para conservar la atención, rezo el rosario intercalando el misterio meditado en cada Ave María con unas breves palabras:*

<i>"...y bendito es el fruto de tu vientre,</i>	<i>Jesús resucitado.</i>
<i>y " " "</i>	<i>," Jesús que subió al cielo.</i>
<i>y " " "</i>	<i>," Jesús que nos envió su Espíritu.</i>
<i>y " " "</i>	<i>," Jesús que te recibió en el cielo.</i>
<i>y " " "</i>	<i>," Jesús que te coronó en el cielo".</i>

André Frossard nos comunica *"un medio muy sencillo de evitar que el rezo del rosario se convierta en un ejercicio mecánico: dedica la primera cuenta a una persona y enseguida se presentará a tu espíritu otra, luego diez, luego veinte, y el rosario te parecerá, no demasiado largo sino demasiado corto; tendrás la prueba de que tu prójimo tiene una gran necesidad de tu oración".* (André Frossard, *Dieu en Questions*, p. 121).

Lo esencial es "rezar con el corazón", con calma.

En los comienzos de la vida espiritual, uno se concentra en una palabra o en un misterio. Luego, poco a poco, según la llamada de Dios, se entra en la tranquilidad de la oración contemplativa, que pacifica el espíritu y sosiega el corazón en una atención general a Dios.

No hablaré aquí más que de los métodos más comunes, pero el fervor mariano inspirará muchos otros a quienes acostumbren rezarlo.

- El primero consiste en *detenerse en las palabras del Ave María*, en pensar en ellas una por una, alimentando el pensamiento y el corazón con ellas hasta transformarlas en su propia substancia. La misma palabra o la misma expresión pueden así mantener la oración, no solamente durante un misterio o un rosario entero, sino durante varios días o varias semanas seguidas. Los labios pronuncian la fórmula tradicional, y el corazón asimila lentamente el pan de la palabra.

Por ejemplo, si nos detenemos en:

- "*Dios te salve*"... (o *Alégrate*,...)

No es éste un saludo cualquiera sino la repetición de la profecía de Sofonías (3, 14-17), en la que se revela el proyecto de salvación de Dios. Significa que en María, hija de Sión, se consuma la espera de Israel. El Antiguo Testamento llega a su fin, la promesa se cumple y la salvación está próxima. La tierra puede rebosar de alegría mesiánica: la alegría de los últimos tiempos, la alegría desbordante de la liberación.

Revivo en espíritu esta larga espera de Israel. Al mismo tiempo expreso mi esperanza y exulto de gozo al anuncio de la Buena Nueva. Me maravillo con el Ángel

por la bondad de Dios, fiel a sus promesas. Y con él, yo saludo a María, que compendia a Israel en esta hora decisiva para la salvación del mundo. En Adviento, esta es la forma más indicada.

- "*María*", (Myriam, en hebreo).

Es el nombre pronunciado tantas veces por Jesús y por José, con infinita dulzura, con ternura inefable, con amor siempre renovado, sin que su repetición haya atenuado su sabor. Nombre repetido a lo largo de los siglos, con alegría, a veces con pasión, por la innumerable legión de los cristianos. Nombre llevado por millones de personas en honor de la Virgen Madre. ¡Qué dulce debe sonar a nuestros oídos! ¡Cómo debe de resonar en su corazón con sus infinitas y armoniosas variaciones!

Yo también lo repito, tratando de poner el mismo amor, la misma confianza, la misma gozosa exaltación.

- "*Llena eres de gracia*"

Es el nombre único elegido por Dios para designar a su bien amada. Nos indica la originalidad absoluta del misterio de María, el carácter excepcional de su vocación. El es de una riqueza inagotable, que sugieren y a la vez revelan las variantes en sus traducciones: "*Llena de gracia*", "*la favorecida por Dios*", "*la bien amada*"... ¿Qué palabra humana podría expresar la ternura del Padre para con María, su apasionado amor a aquélla que va a recibir en su seno al Hijo en quien tiene sus complacencias, Aquél al que incluso ofrece a la humanidad para rescatarla y adoptarla?

¡Contemplemos y admiremos! Llamemos también nosotros a María "*llena de gracia*", el cual es, por así decirlo, el nombre divino dado a esta hija de los hombres. La expresión pone el acento menos en la idea de plenitud de

gracia que en el favor gratuito de Dios. La Iglesia reconoce aquí una alusión a la Inmaculada Concepción, al mantener María una relación privilegiada con el Hijo Bien Amado, fuente de todas las gracias.

- *"El Señor es contigo"*

Es la fórmula del ángel a Abraham (*Gen. 26, 24*), a Jacob (*Gen. 28, 15*), y dicha a María, en quien se cumple la promesa. Es también la fórmula habitual en los relatos de vocación: a Moisés (*Ex. 3, 12*), a Gedeón (*Jueces 6, 12*), a Jeremías (*Jer. 1, 8*), etc... María está así colocada en la historia de la salvación; es el personaje principal del cuadro pintado por la paciencia de Dios.

Sí, María, no temas, *"el Señor está contigo"*, él es tu fuerza, tu valentía, tu luz. Está contigo hoy, todos los días, en todas las circunstancias y situaciones de tu vida. Está en ti como grano sembrado que va a germinar y producir fruto. Madúralo en el calor de tu cuerpo y de tu corazón. Aliméntalo con la pureza de tu sangre. Caliéntalo con el fuego de tu fe, de tu esperanza y de tu amor. Mécelo al ritmo de tu oración. En ti está, la Palabra viva que desgarró tu cuerpo y tu corazón, espada que te traspasa, ofrenda al Padre por tus manos.

Cada uno puede así recorrer una tras otra todas las expresiones del **Ave María** y meditarlas al soplo imprevisible del Espíritu, siguiendo los tiempos litúrgicos, de acuerdo con las dificultades y problemas personales o comunitarios que se hayan tenido que afrontar, o según la coyuntura nacional o internacional.

El rosario va pasando entre los dedos, los labios siguen repitiendo la misma fórmula, pero el corazón queda fijo en la contemplación, cautivo de una palabra que llama la atención y sugiere la riqueza infinita del Misterio de Dios.

- **La segunda** manera de rezar el rosario es contemplar sus Misterios. Así solemos hacerlo todos. Me voy a contentar ahora con señalar dos observaciones prácticas, extendiéndome algo más en la segunda.

1).- Durante el rezo de un misterio del rosario, no habría que contentarse solamente con contemplar el misterio correspondiente; habría que contemplarlo con la mirada que tuvo la Virgen María, con su propio espíritu, con su mismo corazón, haciendo nuestros sus pensamientos y sentimientos. Por lo tanto, más que contemplar a María, habría que **hacerlo como María**: sería *"el Evangelio de Jesús según María; es decir, según el espíritu de la que supo, como nadie, comprender a Jesús, verdadero hombre y verdadero Dios"*. (H. M. Manteau-Bonamy, *La Vierge Marie et l'Esprit Saint*, p. 181).

En efecto, hay muchas maneras de apreciar el Misterio de Jesús, de profundizar en él, de familiarizarse con su idea, de hacerlo suyo. Con seguridad que ninguna lo agota. Por ejemplo, cada evangelista nos ofrece una manera, San Pablo nos propone otra. El Rosario nos sugiere una específica: entrar en la intimidad de María, para aprender lo que ella sabe de Cristo; utilizar sus mismos pensamientos; revivir sus sentimientos; escuchar como ella escuchaba; sentir como propios su amor, su humildad, su fe, su disponibilidad; tener aquella misma mirada de ternura con la que miraba a Jesús, a los hombres y al mundo, gozosa y agradecida, dolorosa y compasiva, maravillada y transfigurada.

Como María, dejemos que el Espíritu se apodere de nosotros, que nos dé una comprensión cada vez más profunda de los misterios meditados y que nos forme en la semejanza de Jesús. Como María, pasaremos progresivamente del conocimiento amoroso de Jesús a la vida de conformidad con él.

2).- **El misterio principal del Rosario es la Anunciación.** Es el misterio principal de la vida de María y del que se deriva todo lo demás, porque es el misterio de su llamada y de su respuesta, de su disponibilidad y de su ofrenda. A él volverá María continuamente como a una fuente inagotable. Porque lo que comprendió entonces globalmente, como en un destello, lo va a conservar en su corazón, lo va a meditar y desplegar durante toda su vida para poder conformarse a ello con fidelidad: como pequeña sierva, nunca terminará de entregarse, de dejarse hacer, de ofrecerse para aquellas bodas de alegría y de sangre, de dolor y de gloria.

En efecto, ella fue tocada por el Padre en las profundidades de su ser en un abrazo de amor de insospechada intensidad, y quedó marcada para toda la vida, teniendo que volver a vivir aquel recuerdo para tratar de agotar su substancia.

Una experiencia espiritual excepcional queda grabada en la memoria del corazón. Esto lo sabemos todos a nuestra escala. Como les ocurrió a otros muchos: a Jacob en el vado de Yaboq, a Moisés frente a la zarza que ardía, a Natanael bajo su higuera, a Zaqueo subido al árbol, a Pedro en la orilla del lago...

Por lo tanto, se comprende que el misterio de la Anunciación sea el que dé comienzo al Rosario. Los misterios siguientes se entienden mejor iluminados por éste y deben ser contemplados y vividos con el mismo espíritu de fe, de disponibilidad, de humildad y de don de sí. El Rosario entero se vive *"con ese espíritu de María que acoge el Misterio de Jesús, Anunciado por el Angel, porque todos los acontecimientos de la vida humana de su Hijo se hallan en relación con este Anuncio y contemplados a esta luz de alegría mesiánica que era la suya en*

aquel momento". (H. M. Manteau-Bonamy, **La Vierge Marie et l'Esprit Saint**, p. 180).

"Por la oración del rosario, tratamos de ampliar nuestra mirada en la fe sobre todos los misterios que contiene la Anunciación como en una fuente: los misterios gozosos de la Encarnación, los misterios dolorosos del sacrificio de la Cruz, los misterios gloriosos de la Resurrección" (Juan Pablo II).

Sin embargo, la lista tradicional de los quince misterios no puede ser ni imperativa ni exhaustiva. Así, cuando se celebre una solemnidad litúrgica: Navidad, Epifanía, Pascua, Corpus Christi, Cristo Rey... podrá bastar ampliamente la utilización del tema del día. También se pueden elegir otros pasajes: la huída a Egipto, Caná, un milagro de Jesús,...

- **La Anunciación ilumina los misterios gozosos:**

La Visitación es el salto de la gracia del Espíritu en María sobre Isabel y Juan Bautista, producido por el Hijo que lleva en su seno.

El Nacimiento de Jesús en la pobreza de una cuna, *la Presentación* en el templo, *el Hallazgo* de Jesús en el templo, conducen poco a poco a María a identificar a su Hijo con el Siervo sufriente de Isaías y a participar personalmente en esa vocación. Además, van levantando progresivamente el velo que cubre las misteriosas relaciones de su hijo con la Trinidad, misterio que ya hacía prever la Anunciación, pero muchos de cuyos aspectos precisaban ser clarificados.

- **La Anunciación ilumina también los misterios dolorosos:**

Sobre todo ilumina el misterio principal de esta segunda parte, el que resume los que le preceden y los explica:

la Crucifixión. María está de pie junto a la cruz, sierva unida al Siervo, participando en sus sentimientos y en su destino; mujer de dolores, plenamente sumisa como El a la voluntad del Padre y llevando a cabo el don de sí misma que comenzó el día de la Anunciación: *"He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra"*.

Por esta unión al sacrificio de Cristo, la maternidad divina de María se dilata en maternidad espiritual para todos los hombres. En la sangre, el dolor y las lágrimas les recibe como a hijos suyos nacidos del sacrificio del Único hijo: *"Madre, aquí tienes a tu hijo"*. Hora solemne entre todas, en la que el Santo de la Anunciación: *"Será llamado Santo"*, se santifica a sí mismo: *"Yo me consagro a mí mismo"*; y en la que *"el fruto de sus entrañas"* madura en el árbol de la cruz.

Los misterios dolorosos quedan así iluminados, como la luz de la mañana lo hace antes que la de mediodía. Al pie de la cruz, en efecto, María reveló la manera cómo vivió la Agonía de Jesús en el huerto de los olivos, en la flagelación, en la coronación de espinas, en el camino del Calvario: su actitud revela con elocuencia cuáles fueron sus sentimientos durante esas diferentes fases de la Pasión. Con su mirada y sus sentimientos debemos meditar también nosotros estos misterios. Uno tras otro, nos conducen a esa cima del Calvario en la que la Madre y el Hijo no forman más que uno sólo. La intimidad entre ambos, que comenzó en la Anunciación, se realiza aquí en una comunión de amor con una intensidad que nunca será superada en la tierra.

- **También la Anunciación ilumina los misterios gloriosos:**

En esta tercera parte del Rosario, es Pentecostés el misterio bisagra. San Lucas ya lo presentó así a propio

intento en los **Hechos de los Apóstoles** siguiendo el modelo de la Anunciación: *"El Espíritu Santo vendrá sobre ti"* (Hch. 1, 8). Realiza en el Cenáculo un nuevo concepto: el de la Iglesia, cuerpo místico de Cristo, que nace de la efusión del Espíritu.

Pentecostés para la Iglesia es el equivalente de la Anunciación para María. Este constituye su misterio fuente, que vuelve a vivir cada vez que el bautismo engendra a nuevos miembros en el agua y la sangre que brotan del corazón abierto de Cristo. Por la actuación del Espíritu Santo, la Madre Iglesia engendra a los hijos de Dios, a imagen de la Madre de Dios que engendra según la carne y por la operación del mismo Espíritu, al Hijo Bien Amado del Padre.

Este Pentecostés público, presentado en paralelo con la Anunciación, ilumina la efusión del Espíritu, recibida en privado por los Apóstoles la misma tarde de la Resurrección, cuando Jesús transfigurado sopló sobre los Once y les dijo: *"Recibid el Espíritu Santo"...* (Jn. 20, 22). Ilumina también la Ascensión, que no se comprende sino en función de Pentecostés, según el mismo Jesús: *"Vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo, dentro de pocos días"* (Hch. 1, 5). *"Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos..."* (Hch. 1, 8).

Además, la gracia de Pentecostés despliega su magnificencia en la Asunción y en la Coronación de María, con las que se da fin al Sí de la Anunciación.

Por el poder del Espíritu se realiza en ella el misterio de unión con el Padre y con el Hijo, cuyas primicias tuvieron lugar en la Anunciación. Por eso, María es por excelencia el icono de la Iglesia.

* * *

Pío XII decía que el rosario es *"un resumen de todo el Evangelio"*, y Pablo VI *"un Evangelio abreviado"*. A lo largo de las Avemarías hagamos como María, que *"meditaba en su corazón"* el misterio de Jesús encarnado, muerto y resucitado. Acaso no podamos rezar de otra manera en días de fatiga o de enfermedad, de tristeza o de desaliento. El rosario es la oración del pobre, del que no tiene nada, del que no puede más, del que no sabe otra cosa que decir. Es la oración del publicano: *"Ten piedad de mí, que soy un pecador"*. Y también la oración de los jóvenes, que necesitan de una madre en quien confiar; y de los de edad, que en ella encuentran la dulzura del espíritu de infancia. Perdemos muchos cuartos de hora durante el día ¿Cómo no vamos a encontrar uno para alabar a María, encomendarnos a su intercesión, a nosotros y a quienes llevamos en el corazón, dejándonos formar por ella y por el Espíritu Santo a semejanza de Jesús?

El rosario ha sido siempre una devoción muy practicada, en la Congregación. ¡Qué siga siéndolo! Es una devoción menesiana. Todos sabemos que hasta el final de su vida, el Padre de la Mennais lo rezó todos los días, a veces bien tarde, cuando el trabajo le había absorbido, incluso abrumado hasta el punto de no permitirle ni respirar. Sin embargo, nunca se retiraba a dormir sin haber rendido este homenaje a su dulce Soberana. A los Hermanos les recomendaba su rezo diario, de tal manera que hizo de él un punto de Regla, y eso desde la primera, en 1823.

La Regla actual dice que *"los Hermanos procuran expresar cada día su veneración a la Virgen María, especialmente por el rosario meditado..."* (C. 44). No impone ya su rezo comunitario. Pero se ha conservado o restablecido en las Casas de Ancianos, donde los Hermanos retirados gustan de rezar a los pies de María a

mediodía o por la tarde, recogiendo las intenciones de toda la Congregación, en especial la de las vocaciones. Es una excelente práctica que se ha de alentar en todas partes y que nunca agradeceremos bastante a nuestros Ancianos.

Pero también estaría bien rezarlo con toda la comunidad cuando se presenta una ocasión propicia: por ejemplo, un día de fiesta de la Virgen, o a veces durante el mes de María, o el sábado, o en toda otra circunstancia acordada por los miembros de la comunidad. Por otra parte, las tradiciones locales pueden variar en este punto y habría que tenerlas en cuenta.

"Por su naturaleza, el rezo del Rosario exige un ritmo tranquilo y que se haga con tiempo". (Pablo VI, Marialis Cultus, n.º 47). Es preferible abreviarlo que rezarlo al galope, cuando el tiempo de que se dispone no permite rezar los cinco misterios. "¡Ojalá podamos tener la mirada de Cristo (mirada de niño) cuando miraba a María, y la de María (mirada de sierva) cuando miraba a Jesús recién nacido, moribundo, resucitado, glorioso!". (A. Laurentin, Une Année de grâce avec Marie, p. 26).

Para concluir estas páginas sobre el rosario, concedamos la palabra a un conocido novelista: *"En la sensibilidad del pueblo se ha ido produciendo algo así como una desestima de la manera de rezar y de honrar a la Virgen. Me refiero al rosario, del que María nos ha dado a entender claramente, sin embargo, y con insistencia a través de sus apariciones, hasta llegar a darnos ejemplo, que a ella le agradaba que lo rezáramos.*

Pero muchos católicos han relegado el rosario al baúl de los recuerdos, con el pretexto de que, bien pensado, esta oración les rebajaba a la altura de los loritos. ¡Dios mío, qué cosa más humillante, cuando se opina que descende-

mos (probablemente) del mono! Y claro está, con esto ya fueron mucho más inteligentes, y no con una oración de continuo ronroneo. Desde entonces, con una experiencia bastante más amplia sobre la oración, ya no necesitaban esta muleta.

¿Soy demasiado truculento? Entonces, dispensen ustedes, pero quien pretenda hacer creer que el rosario no es más que un monótono parloteo, ¿no reconoce con ello implícitamente que no lo sabe utilizar?

Yo no afirmo que lo sé, pero por lo menos lo he intentado. Y lejos de parecerme una oración infantil, la considero más bien una forma de oración muy delicada, muy compleja y muy elevada (ya se trate de un misterio o de la espléndida epopeya del rosario entero).

Porque el rosario se asemeja a un ordenador: todo depende del programa que se le introduzca. No se puede esperar otra cosa, sino cansancio y desgana de un rosario mascullado de prisa, durante el cual el único esfuerzo mental consista en pasar las cuentas diciéndose: "Ya sólo tres, ya sólo dos, ya sólo una, y .. ¡uff!". Pero el rosario meditado es otro mundo si el orante hace pasar este ramillete con la floración de sus propios misterios. Un rosario así ya no será algo dicho de carretilla, sino de corazón a corazón.

También se puede rezar abriéndose a la contemplación. ¡Ah! pero no siempre: incluso es poco frecuente. Pero bastaría hacerlo una vez para poder comprender hasta qué punto es de valor inestimable. Además, si así se complace a María, ¿qué más vamos a pedir?". (Didier Decoin, La Sainte Vierge a les yeux bleus, p. 180).

2) Imitar a María

Imitar a María es tomarla como modelo y moldearse

según sus sentimientos y su conducta. Toda la primera parte de la Circular trata de este tema, aplicándolo a la vida religiosa del Hermano. Por lo tanto, no me extiendo ahora en ello.

Repito, sin embargo, que no se trata de imitar el exterior de María copiando sus costumbres, sus maneras de vivir, cosa que hoy no tendría sentido; sino tomarla como modelo de discípula de Jesús, sobre todo en sus virtudes teologales de fe, esperanza y caridad, y según las bienaventuranzas y los consejos evangélicos.

La encíclica **Redemptoris Mater**, de Juan Pablo II, propone ampliamente a nuestra imitación *"la peregrinación de la fe, en la que la bienaventurada Virgen camina, guardando fielmente la unión con Cristo"*. En efecto, *"no sólo se trata de la historia de la Virgen Madre, del itinerario personal de su fe y de la "mejor parte" que tiene en el misterio de la salvación, sino también de la historia de todo el pueblo de Dios, de todos los que participan en la misma peregrinación de la fe"* (n.º 5), por lo tanto, de cada uno de nosotros.

El Concilio Vaticano II, de manera más global aún, declara que María *"ocupa el primer lugar como figura de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo"* (LG n.º 63). Ella es el arquetipo que todos han de imitar, la "cristiana perfecta" que realiza de manera ideal la vocación a la santidad tal como Dios la quiso desde el origen para el hombre. Ahora brilla como estrella de la mañana, que atrae las miradas, indica el camino que se ha de seguir y suscita la valentía para llegar hasta el fin.

Por otra parte, no basta con imitar a María en sus virtudes, también en su misión. Ella ha dado al mundo la Palabra, le ha dado a Jesús. Nunca una persona ha

hablado ni podrá hablar como la que concibió y dio a luz al Verbo. No hay apóstol mayor que ella, por eso, con justo título la iglesia la llama "*Reina de los Apóstoles*". De nosotros depende ahora reemplazarla y continuar su labor, siendo no solamente otros Cristos, sino también otras Marías en la tierra, abriendo a los hombres, en cierta manera, los brazos y el corazón de madre, calmando los dolores, vendando sus heridas y secando sus lágrimas.

Pero también ella supo callar y borrarse cuando la Luz decidió manifestarse al mundo, como el Hermano debe saber callar y desaparecer si es preciso de la vida de un joven, una vez que le haya conducido a Jesús.

El Padre de la Mennais resumía todo esto en una frase: "*Es preciso que vuestro corazón sea semejante al corazón de María, que esté animado por el mismo espíritu de caridad, de humildad, de celo, de dulzura, de pureza, de desprendimiento de las cosas sensibles, de forma que las perfecciones de esta divina Madre brillen, de alguna manera, en todas las palabras y en todas las obras de sus hijas*". (A la Señorita Chenu, *Antología*, p. 164).

3) Vivir en la intimidad de María.

La coronación de este esfuerzo espiritual de imitar a María es vivir continuamente en su compañía, hacer lo que San José y San Juan hicieron: tenerla con ellos, vivir con ella, manifestarle en cualquier circunstancia mucho amor y, por decirlo así, siendo uno con ella.

En general, este deseo nace progresivamente en un corazón, en respuesta a la última petición de Jesús de que se reciba a María como madre y de que se muestre como "*discípulo a quien él ama*".

Consagrarse a María Este lento caminar hacia una devoción mariana más desarrollada, esta progresión en la confianza y amor de María

desemboca casi siempre en la decisión de consagrarse a ella. En muchos países, después del bautismo de un niño, es costumbre llevarlo ante un altar de la Virgen y ofrecérselo a ella. Es un bonito gesto de fe por parte de los padres. Pero algún día en su vida, el niño tendrá que ratificar en su nombre personal aquella consagración hecha por otros. Sentirá la necesidad de entregarse a ella en cuerpo y alma, y por decirlo así, hacer de ella la elegida de su corazón.

Esto fue lo que hizo el Padre de la Mennais el 19 de Junio de 1809. Aquel día se consagró con Féli al Inmaculado Corazón de María como "*esclavo de amor*". El texto de la Consagración, escrito por la mano de Féli, fue firmado por los dos hermanos. Se le puede leer en la **Antología de sus obras** de Marcel DOUCET, pp. 139-140. Está inspirado en Boudon, quien influyó a su vez en Griñón de Montfort.

A ejemplo del Padre Fundador, es tradicional en la Congregación, por lo menos desde el Hermano Constantin-Marie, hacer durante el noviciado, en general el 8 de diciembre, la consagración personal a la Virgen María según la fórmula de San Luis María Griñón de Montfort. Los novicios se preparan a ella durante los meses anteriores – en general los primeros de su noviciado, exceptuando los de América del Sur y los de Africa Oriental – leyendo el **Tratado de la Verdadera Devoción a María** del mismo autor y procurando poner en práctica sus directivas espirituales.

Esta consagración se dirige a la Virgen María como medianera ante la Sabiduría de Dios, el Verbo nacido de

su seno virginal. Es una consagración de la propia persona a la divina Sabiduría, pero por las manos de María, a quien el novicio se entrega totalmente. No se reserva nada de sí mismo, ni su pasado, ni su presente, ni su porvenir, sino que se consagra con cuerpo y bienes a su Soberana, como el esclavo a su Señora, "*le da todo poder sobre su ser, a fin de consagrarse totalmente a Jesucristo*". (Jean Lafrance, *En prière avec Marie, Mère de Jésus*, p. 140).

Hoy ya no agradan mucho los términos de esclavo o de esclavitud, demasiado cargados de recuerdos de deshonra y de sangre. Sin embargo *esclava* es el que empleó María para hablar de sí misma el día de la Anunciación y para traducir sus sentimientos íntimos ante la propuesta de Dios hecha por el Angel Gabriel. Es también el que utilizó el Padre de la Mennais en su acto de consagración a María, al poner a sus pies "*esta protesta de amor y este humilde y dulce compromiso de eterna esclavitud*". (Antología, p. 157). Unos años más tarde repetirá exactamente los mismos términos en un sermón dirigido a los congregantes del Colegio (idem p. 161). Nosotros lo suavizamos y lo traducimos por "*sierva*", que suena mejor a nuestros oídos, pero literalmente habría que decir "*esclava*". Es cierto que ser esclavo de María y ser esclavo de un hombre con sed de poder, son dos realidades muy diferentes.

Dejando esto de lado, la consagración de sí mismo a María significa que uno lo deja todo en sus manos, su ser y sus bienes y se coloca enteramente a su servicio. En adelante no hará nada ni por sí ni para sí mismo, sino que todas las actividades serán realizadas someténdolas al beneplácito de María, para su gloria, y por ella, para mayor gloria de Dios. "*En lo sucesivo uno es su siervo, su hijo, su propiedad de manera incondicional, consagrado a ella sin ninguna limitación, a fin de convertirse en ella*

misma al vivir, al hablar, al actuar en este mundo". (San Maximiliano Kolbe, p. 227).

Refiriéndose Juan Pablo II a su experiencia personal, constata que *"la perfecta devoción" a María, es decir, su verdadero conocimiento y el confiado abandono en sus manos, crece con nuestro conocimiento de Cristo y con nuestro abandono confiado en su persona. Además esta "perfecta devoción" es indispensable a quien quiere entregarse sin reserva a Cristo y a la obra de la redención. Griñón de Montfort nos introduce en la disposición misma de los misterios de que vive nuestra fe, que la hacen crecer y fecundar. Cuanto más centrada ha estado mi vida interior en la realidad de la Redención, mejor me ha parecido el abandono a María según el espíritu de San Luis Griñón de Montfort como medio de participar con fruto y eficacia en esta realidad, de sacar de ella y compartir con los demás sus indecibles riquezas". (André Frossard dialoga con Juan Pablo II, pp. 185-186).*

Esto fue también lo que hizo el Padre Maximiliano KOLBE y lo que le condujo a una santidad heroica. Todo el mundo no alcanza estas metas, pero la Virgen reserva grandes gracias a quienes viven su consagración en la vida cotidiana. Los conforma poco a poco con su corazón, les hace participar de sus virtudes y los introduce a su lado en el misterio de Cristo redentor.

Para poder mantener el espíritu de esta consagración, hecha en unión con las promesas del bautismo, es bueno renovarla a menudo, por lo menos con una fórmula abreviada, por ejemplo por la mañana o por la tarde, y prepararse todos los años a su aniversario haciendo la novena de la Inmaculada Concepción, que se termina el 8 de diciembre con la renovación de la consagración, sea en público o en privado. En tiempo del Padre de la Mennais, todo nuevo profeso, después de haber emitido su voto, se

ponía de una manera especial bajo la protección de la Santísima Virgen, durante la celebración de una ceremonia especial (cf. *Antología* p. 164).

Se sabe, por otra parte, que el Reverendo Hermano Etienne BARBIER Superior General, consagró la Congregación al Corazón Inmaculado de María el 25 de marzo de 1943, en plena guerra, después que el Papa Pío XII consagrara el mundo el 8 de diciembre de 1942, a petición de la misma Virgen María en Fátima. Esta consagración fue renovada durante el Capítulo General, el 25 de marzo de 1988, con ocasión del Año Mariano, en la capilla paulina de la basílica de Santa María la Mayor, en Roma, uno de los santuarios más importantes en que es venerada la Virgen.

Esta consagración de la Congregación a María significa que la reconocemos como Patrona del Instituto, que nos ponemos a su servicio y bajo su protección, que queremos propagar su culto y devoción entre nuestros alumnos y que entregamos en sus manos el pasado, el presente y el futuro de la Congregación. Cada Provincia o cada comunidad puede repetir por cuenta propia esta consagración en alguna circunstancia que les parezca favorable.

Vivir su consagración Pero no tiene sentido consagrarse a María si no se trata de vivir continuamente esta consagración, de conservar el espíritu y el corazón orientados hacia María, colmados de su presencia, de su recuerdo, de su voluntad. En el fondo, es hacerse uno con ella, como el niño y su madre no forman más que uno. ¿En quién piensa el niño, dejado sólo un momento por su madre, cuando ésta va a ocuparse de la cocina, de la limpieza, de los que llaman a la puerta, de clientes? Lo indicará con sus gritos, en cuanto se dé cuenta de su ausencia. Dará a conocer que su espíritu está

totalmente ocupado por su mamá incluso si no se lo manifiesta por signos externos cuando ella se halla presente.

Esta vida con María es eminentemente apaciguadora, liberadora de angustias; produce un abandono filial en el corazón de nuestra Madre: *"Descargad sobre El todas vuestras preocupaciones, pues El se cuida de vosotros"* (1 Pe 5, 7).

Conduce a un pensamiento cordial, amoroso, que llena el espíritu y el corazón con su dulce presencia, sin los obsesivos fantasmas que se originan a veces en las relaciones entre dos personas. Es la cura psicológica más eficaz. Pero María deja libertad; su recuerdo no obsesiona, su afecto no es de maleficio ni abrasa. No destruye a las personas sino que las construye. *"No importa que no se piense en la Inmaculada en todo instante, puesto que la esencia de la unión con ella no reside en el pensamiento, en la memoria o en el sentimiento, sino en la voluntad"*. (San Maximiliano Kolbe, op-cit. p. 233).

En resumen, se trata de llevar a efecto el deseo de Jesús moribundo: recibir a su madre en la intimidad de la vida, portarse como discípulo de Jesús, hasta el punto de convertirse en su hermano y de tener a María por madre.

Por lo tanto, no hay que temer que Cristo, el único por quien hemos sido salvados, quede en la sombra, olvidado, y que el amor que le debemos se vea confiscado por su madre. María nos enseñará enseguida a colocarla en su sitio exacto en el misterio redentor, como a la humilde sierva en quien la gracia de la salvación floreció más que en ninguna otra, y en quien se desarrolló por la gran misericordia de que fue objeto por parte de su Hijo. Ella no retendrá sobre sí misma nuestras miradas sino que las dirigirá hacia Jesús. Nos educará en la pronunciación de su Nombre, y como reconocimiento, Jesús nos ayudará a

nombrarla con la ternura con que él solamente supo hacerlo.

Nada será tan grato a María como formarnos en la semejanza de su Único hijo, si la recibimos como Madre en toda nuestra vida. De nosotros depende el dejarnos alumbrar y educar por ella y formarnos poco a poco en la semejanza de su Primogénito. De nosotros depende ser otros Jesús.

El Padre nos ve en su Hijo porque somos su Cuerpo, por lo que pronuncia sobre nosotros las mismas palabras que sobre Jesús: *"Este es mi Hijo muy amado en quien tengo mis complacencias"*. Así también María, a quien Jesús dijo: *"Mujer, he ahí a tu hijo"*, nos ve y nos ama como a otros Jesús. Ella ama a todo el Cuerpo de Jesús, y por lo tanto nos ama a nosotros como ama a Jesús. Puede llamar a cada uno de nosotros *"Jesús"*, porque somos uno en Jesús. Actualmente le es imposible ver a su Hijo sin vernos a nosotros, puesto que nosotros somos su Cuerpo, la Iglesia, y le es imposible vernos sin ver a su Hijo, de quien somos discípulos y hermanos.

Acoger a María en su intimidad, es acoger también a quienes ella acoge. En primer lugar, al Espíritu Santo. Donde está María, está el Espíritu. Y donde está el Espíritu, está Cristo y la Iglesia, Cuerpo y Esposa de Cristo.

Se puede adivinar a qué intensidad de vida espiritual y a qué apertura a los demás, a los más humildes, a los que más sufren, puede conducirnos *"acoger a María en su casa"*. *"Cuanto más suyos seamos, mejor comprenderemos al corazón de Jesús, Dios Padre nuestro y a la Santa Trinidad"*. (San Maximiliano Kolbe, op. cit., p. 233).

4) *Hablar de María*

"Promover la devoción a María entre los alumnos" (D. 118) es también otra manera de honrarla. Es fácil despertar esta devoción en sus corazones. Todos los niños aman naturalmente a su madre y por lo tanto no será difícil despertar en ellos el amor a la Virgen María si se sabe presentársela como a su madre del cielo.

Para algunos, este lenguaje tendrá un eco especial que les impresionará profundamente, acaso para el resto de su vida. Además, muchos han recibido ya de su madre un amor sencillo y confiado a María. Pero hay que cultivarlo. Por desgracia no ocurrirá esto con todos; habrá casos dolorosos, huérfanos, hogares rotos, padres separados... en los que habrá que proceder con mucha delicadeza.

El ejemplo del profesor es de suma importancia. Los niños y los jóvenes se dan cuenta pronto de la calidad de sus relaciones con María y tenderán a imitarlo. Lo notarán en sus palabras, en sus actitudes, en sus actos de devoción. El respeto y el afecto que profesa a María y su manera de hablar de ella, son educativos por sí mismos. Su manera de proceder estimulará o frenará en sus alumnos la devoción mariana.

Ni qué decir tiene que los *Hermanos de las Casas de formación* se deben mostrar de manera especial celosos en propagar entre los aspirantes esta devoción a María, tan favorable al desarrollo de una vida psíquica y espiritual armoniosa y serena. La presencia de María ahuyenta al demonio. *"María está presente en el nacimiento y en la educación de las vocaciones religiosas. Se halla íntimamente asociada a todo crecimiento en el Espíritu Santo. La misión que desempeñó con Jesús, la termina en beneficio de su cuerpo que es la Iglesia, y en cada uno de los cristianos, sobre todo en los que se prestan a seguir a*

Cristo más de cerca" (Lc. 1, 42). Por eso, un clima mariano, sostenido por una Teología auténtica, garantiza en la formación de los religiosos la autenticidad, la solidez y la alegría, sin las cuales su misión en el mundo no llegaría a desempeñarse plenamente. (CIVCSVA, Directivas sobre la formación en los Institutos religiosos, n.º 10, p. 70).

¿Cómo tendríamos que proceder? Invitando, sin duda, a nuestros alumnos a subir los tres escalones de que hemos hablado.

En primer lugar, debemos acostumbrarles a **rezar a María**, a recurrir a ella en las necesidades, a refugiarse bajo su protección, a alabarla por lo que es, a agradecer las gracias obtenidas por su intercesión. Esto puede ser el objeto de todo un programa de las Catequesis o de las Máximas de la mañana.

Evidentemente, la oración más sencilla es el "*Ave María*". Pero puede convertirse fácilmente en rutinaria. Por lo tanto, estará bien explicar de vez en cuando su riqueza para que se pueda apreciar su valor. Un Hermano debiera iniciar a sus alumnos en el **rezo del rosario**, meditando sus misterios. ¿Y por qué no el **Angelus**? Les debe invitar a menudo a rezar todos los días **tres Ave Marías** antes de acostarse. Es un gesto sencillo, poco costoso, pero repetido todos los días de una vida, revela un amor que sabe conservarse joven y fiel a pesar del paso del tiempo y acaso de las burlas. Incluso les debe invitar al **rezo en familia**: ¡algunas familias le deben tanto! ¡Otras están tan necesitadas de su protección!

Hay tiempos que son privilegiados para esta iniciación en la oración mariana: **las fiestas** de la Virgen, el mes de **mayo** o el **del Rosario**, que son épocas particularmente propicias para despertar el amor a María. También pueden ser la ocasión para hablar de las principales aparicio-

nes de la Virgen María, en particular las de Lourdes y Fátima y de la historia de los santuarios en los que es venerada. Y como la práctica es más importante, ¿por qué no organizar con los alumnos **peregrinaciones** a santuarios de la región? En general, los alumnos las aprecian.

La segunda etapa consistirá en invitar a los alumnos a **imitar a María**. Pero no lo podrán hacer si no conocen su vida y por lo tanto los pasajes del Evangelio que hablan de ella. En esto se impone una enseñanza sistemática, adaptada a la edad e inspirada en la tradición de la Iglesia. Sobre todo se ha de procurar estar de acuerdo con las directivas del Magisterio de la Iglesia, actualizadas a nuestro tiempo. Se resumen en las orientaciones dadas por Pablo VI en **Marialis Cultus**: en ellas se subrayan bien los aspectos trinitario, cristológico y eclesial de la vocación de la Virgen María, y se insiste en las raíces bíblica, litúrgica, ecuménica y antropológica de su culto. (cf. **Marialis Cultus**, n.ºs 29-39).

Así se logra ofrecer a los jóvenes una devoción equilibrada y fuerte que responde a sus aspiraciones de desarrollo espiritual. La Virgen María los conducirá a Cristo, único Salvador y Mediador ante el Padre.

Para llegar al tercer escalón, **acoger a María en su vida**, habría que preconizar la formación de grupos marianos. El Padre de la Mennais, siendo joven sacerdote, consideraba que las Congregaciones marianas constituían uno de los mejores medios de transformar el espíritu de los Colegios y de formar espiritualmente a los muchachos. En una ocasión dijo: *"Yo mismo he formado siete en la diócesis de Saint-Brieuc, cuando estuve encargado de su gobierno (...) Y así, la congregación de los jóvenes que yo dirigía en Saint-Brieuc era admirable; la compo-*

nían de 80 ó 90 estudiantes que eran modelos para todos los demás". (Antología, pp. 161-162).

Conservamos numerosos sermones del Padre a sus congregantes, "por lo menos sesenta y ocho", decía el Hno. Abel en *la Circular* n.º 120, que nos permiten apreciar su método y sus puntos de vista. Las Asociaciones marianas, con formas diferentes, han gozado de prestigio en nuestros colegios: Congregaciones marianas propiamente dichas, Legión de María, Grupos de Nuestra Señora, Cofradía de Nuestra Señora del Sí, incluso abiertas a los no escolares.

Todas estas organizaciones son lugares privilegiados de formación espiritual en profundidad y su relación con la Virgen María es el fundamento mismo de la Asociación. Es la que da al movimiento su naturaleza propia. Sus miembros comienzan por los primeros escalones de la devoción mariana: rezar e imitar a María, y luego, progresivamente, van llegando al nivel superior, de acuerdo con la espiritualidad del movimiento: colocarse en la escuela de María, dejarse ganar y educar por ella, recibir de ella el nombre de Jesús, hacer todas las cosas en María, con María, por María y para María, y así, como dice el Padre de la Mennais, "consagrarse al servicio de Jesús, consagrándose a María". (Antología, p. 159).

Aquí se halla un camino espiritual que conduce a la santidad. Corresponde a una llamada particular del Señor, que abre el corazón de su discípulo a un amor filial intenso hacia su madre. En él se hallan muy a gusto bastantes jóvenes de ambos sexos porque responde a sus aspiraciones y deseos. Procuremos proponérselo y guiarlos por él, pues en él hallarán un desarrollo espiritual que acaso no habrían encontrado en otra parte. "La figura de la Virgen María no decepciona ninguna de las aspiraciones profundas de los hombres de nuestro tiempo, antes

bien, les ofrece un acabado modelo del discípulo del Señor: obrero de la ciudad terrestre y temporal, pero peregrino que camina hacia la celestial y eterna; promotor de la justicia que libera al oprimido, y de la caridad que socorre a los necesitados, pero por encima de todo testigo activo del amor que edifica a Cristo en los corazones".
(Pablo VI, *Marialis Cultus*, n.º 37).

* * *

La devoción mariana comunitaria He tratado en esta Circular sobre todo de la acogida a María por cada Hermano en su vida personal. No quisiera terminar sin decir una palabra de **la acogida a María en nuestras comunidades.**

Sin duda, ya he hecho alusión a ella en varios sitios, pero como incidencia. Quisiera, sin embargo, ser más explícito, aunque sea brevemente.

¿Ocupa María un lugar privilegiado en esta pequeña iglesia doméstica que es la comunidad, de la misma manera que lo tiene en la iglesia parroquial y en la Iglesia universal? ¿La colocamos en puesto de honor en la casa, en especial en el oratorio, en el que las flores, las estatuas e imágenes de buen gusto, los pensamientos juiciosamente elegidos y renovados de vez en cuando constituyen la señal de un amor que permanece despierto?

¿Nos agrada rezarla juntos, pedir su ayuda y sus luces, confiarle las intenciones comunitarias: los jóvenes de nuestro Colegio, en especial los que nos dan preocupaciones, las vocaciones en la Iglesia y en la Congregación, sobre todo las que se mueven alrededor de nuestra comunidad? ¿Invocamos su ayuda por las intenciones de la parroquia y de las familias, de los enfermos y de los pobres del barrio?, ¿presentamos a sus pies los casos desesperados, rebeldes a todas las atenciones y súplicas?

Hagamos destacar gozosos y juntos sus fiestas, cantando en su honor himnos y cánticos, uniéndonos a las fiestas parroquiales, diocesanas y nacionales en su honor y discerniendo en común la forma de hacerlo. Aprovechemos alguna ocasión favorable para consagrarle la Comunidad y sus actividades apostólicas, y renovemos de vez en cuando esta consagración, por ejemplo una vez al año.

La devoción mariana comunitaria crea una atmósfera de unidad, de confianza y de fiesta. El papel de una madre es conservar siempre a sus hijos unidos en la paz y en la alegría. Por lo tanto, que nadie se contente con tener una devoción mariana personal, sino que contribuya, con discreción, pero también con sencillez y audacia, a su manifestación comunitaria.

Lo que aquí señalo sobre la devoción comunitaria, sin duda habría que decirlo también, "*mutatis mutandis*", de la devoción popular, que constituye una expresión de fe mucho más profunda de lo que se suele creer. Incluso si a veces tiene que ser rectificada y guiada, se la debe alentar. Y nosotros mismos debemos mostrarnos contentos de participar en ella y apoyarla, mezclándonos con los fieles que exteriorizan, con un fervor sencillo y espontáneo, su afecto hacia la Madre de Dios. En este aspecto, nuestro papel debe ser más bien ilustrar e instruir, que criticar y disuadir. Los Hermanos misioneros pueden encontrar aquí una excelente ocasión de inteligente inculturación en los países que los acogen, como pueden ser América del Sur, Africa, Filipinas, Polinesia...

CONCLUSION

José, que había *"resuelto dejarla ocultamente"* (Mt 1, 19), fue invitado en sueños por el Ángel a *"acoger a María, su esposa"* (Mt 1, 20). Este don de Dios, de una inaudita riqueza, le proporcionaba al mismo tiempo el Hijo Amado del Padre, al que él tendría que dar su nombre: *"Y tú le darás el nombre de Jesús"* (Mt. 1, 21). Difícilmente podemos imaginar lo que fueron para él aquellos años transcurridos en contacto inmediato con el Misterio de Dios. La presencia cotidiana de María, *"llena de gracia"*, y de Jesús, que ante sus ojos *"crecía en sabiduría, en edad y en gracia, delante de Dios y de los hombres"* (Lc. 2, 52), debió de llenarle de una felicidad, cuya divina gratuidad iba evaluando con admiración cada día más.

Como respuesta al deseo expresado por Jesús moribundo, **también Juan** *"recibió desde aquel momento a María consigo"* (Jn. 19, 27). Su común experiencia en el Calvario y en el Cenáculo les introdujo en las insondables riquezas del corazón de Jesús. Escuchando a María, *"que guardaba todas estas cosas meditándolas en su corazón"* (Lc. 2, 19), Juan aprendió a conocer *"el don de Dios"*. Nada hacía presentir que aquel joven *"hijo del trueno"* (Jn. 3, 17), tan ardoroso en pedir que *"cayera fuego del cielo"* sobre los enemigos de Jesús (Lc. 9, 54), iba a ser *"el águila mística"* que nos descubre su evangelio. María, su madre, le alumbró y educó en el Misterio de Jesús y de la Iglesia.

También a nosotros nos dice Jesús: *"He aquí a tu madre"*. *"No temas recibirla contigo"*. Como José y como Juan, ¿acogeremos "el don de Dios"? ¿Se encontrará María en nosotros como en su casa? ¿La permitiremos concebirnos, darnos a luz y educarnos? ¿Seremos el niño que mira embelesado de amor a su mamá y que procura imitarla?

La contemplación de su misterio a lo largo de esta Circular, ¿ha hecho *"que tomemos una conciencia más profunda de la vida religiosa, ejecutada en su modelo"*? (n.º 53). María nunca se volvió atrás, una vez Consagrada a Dios y por Dios el día de la Anunciación. Siempre respondió a la gracia de su vocación. Cada uno de sus actos fue una renovación de su primer Sí.

Todo esto nos parece muy sencillo y como algo natural. Pero hay una pequeña frase en el Evangelio que olvidamos muy a menudo, con la que termina el relato de la Anunciación y que se refiere a María: *"Y el ángel la dejó"* (Lc. 1, 38).

Nunca más volvió. En cuanto tuvo el libre consentimiento de la simple criatura a los designios del creador – hasta tal punto que el hombre fue salvado por el hombre – lo *"maravilloso"* se acaba en la vida de María. Queda reducida a la condición ordinaria: discernir la voluntad de Dios a través de la mediación de los acontecimientos y de las personas, en la reflexión y en la oración. Asiente de todo corazón, como perfecta discípula que escucha la palabra y la pone en práctica.

¿Dónde la condujo esto? A la cruz, ciertamente, pero también más allá de la cruz, a la resurrección y a la gloria.

María nos enseña a dónde lleva el camino de la fidelidad cotidiana a la palabra dada para siempre. Donde ella

está, también iremos nosotros, a condición de ser, como ella, fieles todos los días a la llamada del Señor.

La contemplamos al final del camino *"revestida de sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre la cabeza"* (Ap. 12, 1). Allí nos espera, nos hace señales, ella es la señal de la fidelidad de Dios a la fidelidad del hombre, *"signo de esperanza de la vida religiosa"* (n.º 53). Conservemos la mirada fija en ella: *"¡Mira la estrella! ¡Invoca a María!"*. (San Bernardo, **Sermón en la fiesta del Santo Nombre de María**).

"Me llamarán bienaventurada todas las generaciones", había profetizado. Nuestra generación no es una excepción. Une su voz a la alabanza de los siglos, alabanza inaugurada por Isabel inmediatamente después de la Encarnación: *"Bienaventurada tú, porque has creído"*, que continuó discretamente el mismo Jesús: *"Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica"*, y repetida indefinidamente por la Iglesia: *"...Bienaventurada Virgen María"*.

Las formas de llamar Bienaventurada a María varían hasta el infinito. Un corazón amante sabe encontrar mil ocasiones: lo dice con los labios, con la mirada, con una inclinación de cabeza, con un beso, con una sonrisa. Lo pronuncia en el secreto de su habitación, o en público, de viva voz, o en cantos populares o litúrgicos. Lo dicen sus pies, cuando van en peregrinación a un santuario mariano de la región. Lo expresan sus manos que ofrecen un ramillete de flores, encienden una vela o pintan un icono; y sus oídos que escuchan la Palabra de Dios; y todo su ser, que trata de imitar a María. Lo dice en la oración, en la acción, en clase entre sus alumnos, en el silencio de su despacho, en medio del murmullo de una reunión; lo dice cuando sufre, cuando está alegre, en todos los instantes de una vida asociada a la de María.

Con una palabra o con mil, lo siente en el corazón. Y esto le basta. Porque es feliz contemplando a su modelo y cantando a su madre, sin cansarse nunca, sin hartarse nunca, sin desalentarse nunca...

El corazón amante sabe que a la primera llamada, María estará allí, presente, como una Madre que tiende la mano y ofrece ayuda. Madre en todos los momentos, de todas las penas, en todas las alegrías. Virgen de las mañanas claras, cuando la vida sonríe y canta la gloria de Dios en el cielo de Belén o en el Aleluya pascual. Virgen del mediodía para quien no teme el trabajo, puntual, laboriosa, recogida, dedicada por entero a su Dios y a sus huéspedes. Virgen de los días de verano, cuando ruge el huracán de las pasiones y merodea el tentador, como león rugiente que trata de devorar la presa. Virgen de las tinieblas, cuando parece que todo se derrumba en torno a sí y uno se queda sólo junto a la cruz, desamparado en la prueba, sin ver nada ni comprender nada.

Virgen de la reflexión, de la adoración y del silencio, sea en la pequeña capilla comunitaria, sea a la luz de una lámpara de escritorio, inclinado sobre los libros de estudio, sobre los cuadernos de corrección o sobre los registros de cuentas.

Virgen de la Visitación, que lleva el Señor a quien la abre y recibe.

Virgen de Caná, que intercede por todas las necesidades y suscita la fe.

Virgen de siempre y de todas partes.

Rézala. Imítala. *"Acógela contigo"*, abriéndole las puertas de par en par. Dala a conocer a tu alrededor.

Que cada comunidad sea para ella otro hogar de Nazaret.

Que toda la Congregación la honre, la rece y la ame.

Que se realice la súplica del Padre de la Mennais: "*¡Oh María!, dirige con una maternal bondad, a través de los peligros que les amenazan, a todos los miembros de esta Congregación, de la que eres Patrona... Que en la hora de la muerte, tu amor siga protegiéndolos*". ("Sermones" III, 1025 bis; **Regla de Vida**, p. 99).

H. Bernard GAUDEUL, de la IC.
Superior General

Ruanda - Zaire - Uganda
(Julio - agosto - diciembre, de 1990).

APÉNDICE

COMO AYUDA PARA LOS DIÁLOGOS COMUNITARIOS

La Circular toca muchos puntos. No es posible referirse ahora a todos. Los diálogos comunitarios se tienen que limitar a algunos.

La segunda parte, la más práctica, podría sin duda permitir diálogos más fáciles, sobre todo en las comunidades que están menos acostumbradas al diálogo en profundidad.

Una vez facilitada, se podría luego seguir con la segunda parte. Pero la propuesta siguiente no encierra idea imperativa.

D) DIÁLOGO SOBRE LA 2.^a PARTE

1).- ¿Qué hacemos en comunidad para honrar a María?: cada día - en sus días de fiesta.

2).- ¿Qué hacemos para despertar y desarrollar la devoción mariana entre nuestros alumnos, en cada uno de estos tres aspectos: rezar, imitar y acoger a María?

3).- Cada uno puede ahora hablar de su devoción a María: su evolución, las dificultades encontradas, la manera de vencerlas, su situación actual con relación a estos tres puntos: oración, imitación, acogida a María en su intimidad. ¿Qué rasgo de María es de tu preferencia?

4).- También se puede centrar en un punto particular, por ejemplo:

- el rosario: su importancia en mi vida, mi método personal.
- la consagración a María en mi vida.
- Las peregrinaciones en mi vida – el Angelus – las tres Avemarías...

5).- Terminar por: ¿Qué podríamos hacer en la comunidad, en el Colegio para desarrollar la devoción a María?

II) DIÁLOGO SOBRE LA PRIMERA PARTE

1).- La Reflexión sobre la **vocación de María** a ser Madre de Dios, el día de la Anunciación, puede ser ocasión para un diálogo sobre la vocación de cada Hermano de la comunidad: nacimiento de esta vocación, sentimientos experimentados, dificultades encontradas, crecimiento. Esto permitiría dialogar sobre lo que uno es, favorecería un mejor conocimiento mutuo, y una escucha fraterna de calidad.

2).- Otro de los diálogos podría referirse a **los valores** de la vida religiosa, comparando nuestra manera de vivirlos con la de María.

• **Los votos:** insistir sobre todo en:

- el espíritu de abandono, de desprendimiento en la Pobreza.
 - el aspecto de fecundidad de la castidad consagrada.
 - el aspecto de unión a la cruz del voto de Obediencia.
- ¿Cómo podemos ayudarnos mutuamente a vivirlos?

• **La oración:** considerar, por ejemplo los aspectos siguientes:

- ¿hay alguna palabra que suelo "guardar en mi corazón"?
- dar ejemplos en los que haya habido personas o acontecimientos que me han hablado la palabra de Dios.
- el Magníficat en mi vida.
- ¿He hecho la experiencia de una oración de contemplación más silenciosa?
- **La misión:** se podrá elegir ente los cuatro hechos señalados:
 - *la Visitación:* ¿cuál es mi celo en participar de la Palabra? ¿he experimentado la fecundidad de mis visitas a familias, a mi familia?
 - *Caná:* ¿Cuáles son las necesidades más acuciantes de los jóvenes de mi Colegio?
 - *el Calvario:* dialogar sobre la fecundidad del sufrimiento, de la compasión.
 - *el Cenáculo:* María y el Espíritu en mi vida.
- **La actitud educativa de María:** profundizar sobre todo en la relación de María con Jesús adolescente: ¿en qué puede iluminar la mía?

3).- **María, mi madre:** el diálogo podría terminar con una oración participada, a partir de la contemplación de María y de Juan en el Calvario, acogiendo la palabra de Jesús: "*Mujer, ahí tienes a tu hijo*". "*Ahí tienes a tu madre*".

- Para quienes prefieren los diálogos bíblicos, se podrían buscar las figuras de María en el Antiguo Testamento.
- ¿Hay otros aspectos de la Circular sobre los que me gustaría dialogar?

